IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

El PUERTO de los ENGAÑOS

Un viejo amigo le propone al padre de Irene un negocio provechoso y ciertamente singular: la adquisición de un castillo en Escocia. Irene, Sherlock y Arsène acompañan al señor Adler en su viaje al norte. Pero la belleza de la morada feudal no basta para ocultar la atmósfera amenazadora que reina en ella. Inquietantes mensajes nocturnos y la llegada de un excéntrico viajero hacen aún más intenso el misterio. E Irene va a descubrir que la verdad encerrada entre los muros del castillo está destinada a cambiar para siempre su vida.

Irene Adler

El puerto de los engaños

Sherlock, Lupin y yo - 11

ePub r1.0
Titivillus 26.06.2019

Irene Adler, 2016
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El puerto de los engaños

Capítulo 1. Trece pasos

Capítulo 2. El joven médico

Capítulo 3. En el Thames Rowing Club

Capítulo 4. Una carta de Glasgow

Capítulo 5. Un visitante inesperado

Capítulo 6. Hacia el norte

Capítulo 7. Un fantasma entre nosotros

Capítulo 8. El trío de la buhardilla

Capítulo 9. ¡Al trabajo!

Capítulo 10. Un castillo (no) en venta

Capítulo 11. Un huésped equívoco

Capítulo 12. Una invitación a cenar

Capítulo 13. De vuelta en la buhardilla

Capítulo 14. Desafío en la noche

Capitulo 15. La tragedia del Lorelei

Capítulo 16. Un joven agente

Capítulo 17. El diablo en persona

Capítulo 18. La orilla fangosa

Capítulo 19. La sucesión al trono de bohemia

Capítulo 20. Los dos investigadores

Capítulo 21. Lorelei

Capítulo 22. La dulzura del agua

Capítulo 23. Regreso a Newark

Capítulo 1

TRECE PASOS

Hace falta tiempo para escribir bien. Un tiempo que yo no tengo. Mi cabeza está llena de imágenes y de recuerdos a los que con frecuencia me cuesta dar forma y, cuando lo consigo, es solo por pocas horas; después, la vista se me cansa y los dedos se me entumecen de sostener la pluma. ¡Ay, mis dedos! Ya no son lo que eran. No les está permitido ningún movimiento agraciado y hasta una caricia puede resultarme dolorosa. Sin embargo, aquí estoy, con mi tozudez de siempre, sentada al escritorio como si alguien me forzara a hacerlo y no la simple voluntad de dejar testimonio de quién he sido y de lo que he visto. Es a estas páginas mal escritas a las que estoy confesando mi vida, y no puedo hacerlo sin antes haber ordenado cada cosa en su sitio, cada recuerdo antes del sucesivo, cada palabra de mis amigos en el momento en que la pronunciaron.

Para hacerlo bien, decía, necesitaría tiempo, ese mismo tiempo que, en la época a la que se refieren mis diarios, los tres años maravillosos de 1870 a 1872, me parecía eterno, como lo es para cualquiera que haya cumplido catorce años y sienta deseos —como yo los sentía— de descubrir el mundo. Entonces me parecía que mis únicos límites eran el espacio, la geografía, los lugares que no podía alcanzar al vivir en Londres, en un confortable piso burgués, con mi padre Leopold y nuestro mayordomo Horace en vez de, como a veces fantaseaba, vagar por el mundo como una de aquellas aristócratas que exploraban en falda las Indias Orientales y el mar del Caribe, la Patagonia y el continente austral.

No era, entiéndase bien, que en mi casa faltase un cierto gusto por lo exótico, ni por la emoción y el misterio. Y esto no solo porque mis mejores amigos fueran Sherlock Holmes y Arsène Lupin,

que en el curso de su vida seguirían navegando por las peligrosas latitudes del crimen, aunque, por decirlo así, en bandos opuestos. El misterio también formaba parte de mi vida porque yo no era quien creía ser, y no sabía quién era. Literalmente y no por angustias de adolescente. No era una joven Werther en busca de atención. No tenía, al contrario que Werther, inclinación alguna por la melancolía. Nada de eso: la incertidumbre acerca de mi pasado provenía del hecho de que Leopold no era mi verdadero padre y mi madre no vivía con nosotros a causa de un impreciso peligro que me atañía, pero del que, no obstante, se negaba a contarme los detalles pese a que hubiese pasado casi un año desde que nos reencontráramos. Para decirlo todo, ni siquiera el señor Horace Nelson era un simple mayordomo. Pero, también en este caso, seguían escapándoseme la identidad de este gigante negro antes de entrar al servicio de mi padre adoptivo y las circunstancias en que se habían conocido.

Todo me atormentaba, pues, y ocupaba las páginas de los cuadernos azules en que me deleitaba anotando mis pensamientos. Los mismos pensamientos que hoy estoy ordenando para el invisible lector de mi conciencia.

En uno de los cuadernos había una frase en particular que me impresionó al releerla años más tarde. La había escrito unos meses antes de mi regreso a Londres, poco después de la muerte de Geneviève, la mujer de Leopold, así como mi controvertida madre adoptiva. Controvertida porque, hasta el momento de su muerte, me había parecido una madre odiosa e insensible. Y luego, en cambio, tal vez debido también a las circunstancias en que la habían matado, en mis recuerdos se había transformado en una suerte de gran ejemplo de virtudes. Un ejemplo que me habría gustado imitar y que ella, mientras vivía, había intentado de todas las maneras posibles que yo siguiera, obteniendo sin embargo solo respuestas descorteses y malas caras. En los meses posteriores a su muerte, por el contrario, aquel ejemplo me había parecido inalcanzable, como si hubiera tenido que orientarme en un mar conocido pero sin brújula. Cuando mi padre no estaba, abría sus armarios y me ponía sus vestidos con la esperanza de que las sedas y los encajes que le habían pertenecido me sirvieran de inspiración. No era, obviamente, más que una extravagante idea de chiquilla, y

mi cabello pelirrojo, que aún llevaba muy corto, resaltaba sobre aquellos tejidos de colores pastel como una mancha de fruta en un mantel. El camino al encanto de Geneviève me estaba vedado, pues. Y muchos de los demás caminos, por otro lado, parecían puras prerrogativas masculinas.

Pero la frase que me impresionó, decía, fue esta: «Trece pasos que dar para convertirme en quien quiero convertirme».

Lo que me sorprendió no fue tanto el haber llenado dos páginas con los puntos detallados de ese fantasmal plan como la idea que tenía entonces de quién quería ser.

¿Qué había sido de aquel memorando? Puede que no hubiera cumplido ni uno solo de sus trece puntos. Pero, sobre todo, ¿qué había sido de la mujer que imaginaba que sería?

En 1870 —volé mentalmente hasta el escritorio de mi cuarto en Aldford Street—, mi aspiración era la de ser una mujer feliz.

En el punto trece había una tachadura enérgica que impedía leer las palabras. Pero recordaba perfectamente lo que estaba escrito debajo de las rayas: saber de una vez por todas si estaba enamorada de Arsène Lupin o de Sherlock Holmes. O de ninguno de los dos.

Recordaba también el momento preciso en que había tachado aquel punto de mi plan, como si hubiera decidido que se trataba de un propósito irrealizable. Fue al término de nuestro primer y único viaje a Escocia.

¿Hice mal en eliminarlo? Quizá hoy, con la complicidad de los años transcurridos, podría responderme que sí. Pero lo cierto es que, aquella lejana noche de 1872, hice bien en tacharlo. Desde luego, si no lo hubiera hecho, quizá algo habría ido de otra forma, y a lo mejor no me habría convertido en la mujer que soy.

¿Una mujer feliz?

Oh, sí. Mucho.

Otra cuestión es cómo lo haya conseguido, y muy probablemente todo comenzó cuando me decidí por fin a hacer un poco de deporte, con un bigotito de fieltro que me había proporcionado Sherlock gracias a un amigo suyo maquillador y con un nombre aún más falso que el que daba Arsène Lupin para alquilar una habitación en Marshall Street, haciéndose pasar por un joven caballero parisino.

Pero creo que, a este respecto, ya he escrito que mis dos amigos

eran una pareja de personajes completamente fuera de lo común.

Capítulo 2

EL JOVEN MÉDICO

Todo empezó con la llegada a casa del doctor Marqueson. Era el descarado y apuesto jovenzuelo que había remplazado al doctor Williamson, eminencia de nuestra casa. Tras jubilarse al alcanzar la vejez, el anciano doctor había abandonado el brumoso y embarrado Londres para pasar sus últimos años en un *cottage* del distrito de los Lagos, en el que había invertido sus ahorros, y antes de irse nos había presentado a quien consideraba su legítimo sucesor, al cual había legado su cartera de clientes. Marqueson, justamente. Alto, rubio y de fulgurante apretón de manos. Se presentó a la cita con mi padre en traje poco formal y con el nudo de la corbata aflojado, lo saludó como se saluda a un coetáneo, pese a que mi padre hubiera podido ser también el suyo, y luego me dirigió una espléndida sonrisa. Tan solo unas semanas antes, la llegada de un joven jardinero había provocado unos celos tácitos en Sherlock y Arsène, que a aquellas alturas encarnaban el papel de mis ángeles de la guardia, carentes de alas pero pródigos en consejos sobre a quién debía o no frecuentar. No sé cómo habrían reaccionado si hubieran estado presentes en la visita del doctor Marqueson, con el

agravante de que yo era la paciente por la que había acudido.

—Háblemе de esos molestos dolores de cabeza, señorita Adler. Procure describírmelos con precisión. ¿Son mareos o dolores repetidos, sordos, tal vez aquí, o aquí?

Sus manos, mientras hablaba, iban tocándome en diversos puntos de la cabeza y luego de la espalda. No se limitaban a rozarme, como quizá habría hecho el viejo doctor Williamson. Sentía su peso, su forma, su consistencia. Y cuanto más se movían por mi columna vertebral, más se fruncía el ceño de mi padre y más vacilaba su compostura ante la audacia de aquel examen.

Hacía ya quince días que yo no conseguía razonar de manera satisfactoria, ni leer un libro, aquejada como estaba por un dolor constante que irradiaba del cuello y ahogaba cualquier pensamiento. Así se lo describí al doctor Marqueson y él pareció muy complacido con mi diagnóstico. Me felicitó por mi lucidez y me dijo algo como: «Es bueno conocerse a uno mismo así de bien, señorita».

Me habría gustado reírme en su cara, pero sin duda no habría sido un comportamiento acorde a las circunstancias.

—Si hace el favor, necesito que se descubra la espalda —dijo luego Marqueson.

Y, mientras yo me sonrojaba hasta los dedos del pie, él se volvió hacia un cada vez más ceñudo Leopold, que entre tanto había proferido una sonora tosecilla.

—Compruébelo usted mismo, *sir* —le dijo, tendiéndole un libro abierto.

A lo cual, mi padre farfulló:

—¿Comprobar el qué?

—A mi modesto parecer, que no obstante sostengo esté corroborado por la más moderna ciencia médica, solo hay dos causas posibles que justifiquen tal dolor de cabeza en una chica joven y sana como su hija. La primera —y, mientras hablaba, le puso amistosamente una mano en el hombro a mi padre y lo invitó a acercarse para poder observar mejor su examen— es que la señorita Irene sufra una disminución de la vista, algo que tiendo a excluir pero de lo que, en todo caso, quisiera que usted verificara. Sostenga el libro bien alto, así, con las páginas vueltas hacia su hija. —Me sonrió—. ¿Alcanza a leer, señorita?

—Dicen que el amor es una locura —leí—. En realidad, lo que ocurre es que la fantasía, fuertemente impresionada por imágenes muy placenteras…

Mi padre bajó el libro bruscamente y estuvo de acuerdo con el médico. Yo veía perfectamente, hasta el punto de distinguir entre sus manos el título de aquel libro, *La educación sentimental* del señor Flaubert.

—¿Y la segunda posibilidad? —preguntó.

—Solo puede ser la columna vertebral —contestó con presteza el médico—. Para comprobarlo, he pedido a su hija que sea tan amable de mostrarme la espalda.

—Cosa a la que, no obstante, mi hija no ha accedido —dijo mi querido Leopold.

—¡Papá, por favor! Creo que le es del todo imposible al doctor examinar mi espalda con estos mil lazos anudados hasta el cuello, ¿no es verdad?

Dicho lo cual, mi padre asistió impotente a la llegada de la señorita Fowler, que por fin dejó libres, y descubiertos, mi cuello y mis hombros.

—Lo que imaginaba… —dijo el doctor al cabo de poco—. ¿Puedo?

Sentí de nuevo su mano presionando mis vértebras, una tras otra, hasta detenerse en la que parecía la cuarta o quinta desde el cuello.

—Es posible que le haga un poco de daño, señorita —me avisó el médico con gentileza—. Pero creo que es importante averiguar las causas de sus molestias.

—Permiso concedido —le respondí antes de que mi padre pudiera decir nada.

—Respire hondo —prosiguió él, manteniendo apretada una mano contra la vértebra y poniendo la otra en mi frente—. Una, dos y…

Trac.

Fue este simple ruido el que emitió mi espalda, dejándome sin respiración.

Bufé, más por la sorpresa que por el dolor, y miré al médico a los ojos.

—He terminado —dijo él, y me invitó a vestirme—. En los

próximos días, beba mucha agua. Con suerte, dentro de pocas horas su dolor de cabeza disminuirá. Si así fuese, señor Adler, el problema es simplemente de postura: su hija está creciendo deprisa y probablemente tiene una manera poco correcta de caminar que le aplasta la columna vertebral, algo normal a su edad. Y la mejor solución es la de practicar un poco de deporte…

—¿Deporte?

—Sí, deporte. Actividad física, señor Adler. Correr, por ejemplo. O, mejor aún, el remo, perfecto para alargar la columna.

—Pero mi hija… ¡mi hija no hace deporte! —Se maravilló Leopold.

—¡Papá! —protesté.

—En caso contrario —añadió el doctor, imperturbable—, llámeme y, si le vuelve el dolor de cabeza, veremos qué otra cosa se puede hacer.

—Por supuesto —dijo entonces muy despacio Leopold, gélido. Luego, mientras acompañaba a Marqueson fuera del salón en que había tenido lugar la consulta, añadió—: Por aquí, doctor…

Acababan de desaparecer cuando el señor Nelson entró en la habitación.

—¿Le importaría echarles un vistazo, Horace? Temo por el pobre doctor —le confesé mientras ataba los lazos del vestido.

—No se preocupe, señorita —asintió él, apresurándose a seguirlos.

Primero oí la puerta al cerrarse y luego a mi padre exclamando, con la voz lo bastante alta para que pudieran oírlo desde la calle:

—¡Menudo desvergonzado este doctorcillo de cuatro cuartos! ¿Has oído eso? ¡Deporte!

A mí también me pareció un tanto insólita la recomendación, pero tuve que reconocer que, tal como el joven médico había previsto, pocas horas más tarde el dolor de cabeza desapareció.

Lo comuniqué al día siguiente, en el desayuno. Mi padre, atrincherado detrás del periódico, lo bajo únicamente para preguntarme:

—¿Estás segura?

—Absolutamente segura —contesté—. Me siento como nueva.

Él miró al señor Nelson, que en tales ocasiones era capaz de adoptar una inimitable expresión que transmitía total

distanciamiento y apoyo incondicional al mismo tiempo.

—Pues si la ciencia lo dice, que haga deporte —murmuró Leopold, arrugando el periódico entre los dedos—. Y tú, ¿acaso tienes idea de cómo… en fin… hay que proceder para…?

—Creo que sí, papá —respondí con una risita divertida—. Creo que basta con que me inscriba en un club deportivo.

—¡Está bien, está bien, pero con discreción, por todos los santos! —soltó él, tapándose otra vez con el periódico. Pero luego, no contento, refunfuñó—: Chicas haciendo deporte. A este paso, ¿adónde vamos a ir a parar, Horace, adónde?

Capítulo 3

EN EL THAMES ROWING CLUB

El club de remo ante el cual el señor Nelson hizo detenerse el carruaje era un sobrio edificio de dos plantas con un tímpano triangular y una pequeña dársena en el Támesis.

Sobre la elección, Sherlock había sido inamovible: o el Thames Rowing Club o ni hablar. Abierto al público desde hacía como mucho una docena de años, era el club de remo por antonomasia, el único en el que, en palabras de mi amigo, valía la pena meter la nariz. Y precisamente la nariz, larga y afilada, era lo que Sherlock se restregaba mientras subía al carruaje.

—Hay un problema —nos dijo mientras tomaba asiento—. Buenas tardes, señor Nelson.

—Buenas tardes tenga usted, señorito Holmes. ¿De qué problema se trata?

—Del club —dijo Sherlock, a disgusto en su traje color crema

una talla grande, que con seguridad había pertenecido a su hermano Mycroft.

Arsène lo seguía unos pasos por detrás, con los brazos cruzados, y nos miraba como si ni siquiera nos conociéramos. Vestía un jersey de lana de cuello alto y un irrespetuoso pantalón corto, hasta la rodilla. Si aquel era su atuendo de remero, le quedaba a la perfección.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. En el bolso tengo al menos tres guineas y, si es por la edad, aquí está el señor Nelson para responder por nosotros.

—No es un problema de dinero ni de edad —contestó Sherlock.

—Entonces, ¿de qué se trata? —pregunté.

—De tiempo —nos informó Arsène desde la calle. Nosotros lo miramos—. En el sentido de que, si te apetece esperar un siglo, tal vez entonces admitan ya a mujeres en este prestigiosísimo club…

—¿Ah, sí? —solté—. ¿Pues sabéis lo que os digo?

—Creo que puedo imaginar lo que te gustaría decir, Irene, pero Arsène y yo hemos pensado ya en un pequeño truco —me interrumpió el joven Holmes.

Hurgó en los bolsillos de su abrigo y sacó un envoltorio de papel de seda en el que llevaba el bigotito postizo al que ya he aludido. Un bigotito pelirrojo, naturalmente.

—Si el señor Nelson da su permiso —siguió diciendo Sherlock—, hemos pensado que, en vez de inscribir en el club a Lupin, Sherlock e Irene, podríamos inscribir a Lupin, Sherlock e…

—Irving —terminó por él Arsène.

—¿Irving? —repetí, divertida—. ¿Y cuántos años se supone que tiene ese Irving, con un bigote así?

—Nosotros hemos dicho diecisiete —respondió Arsène.

—Bien. Entonces bastará con añadir que es hijo de mi buen amigo el señor

O’Malley

—dijo Horace con una risa sarcástica—. ¿Quién va a impedirle entrar?

Y así fue como, mientras el señor Nelson —único hombre de color inscrito en el club, además de amigo de un fantasmal señor irlandés que le había confiado a su débil hijo— se sentaba a una apartada mesita del embarcadero y se disponía a pasar la hora siguiente

leyendo *El Pirata Rojo*, del señor Fenimore Cooper, los intrépidos Sherlock, Lupin e… Irving ponían por primera vez sus posaderas en una canoa de cuatro junto con el señor John Drake, nuestro instructor. Nos explicó cómo bogar, qué hacer en caso de emergencia y de caída al agua y, después, sin más contemplaciones, ¡allá íbamos ya! Bajamos por la débil corriente del Támesis. Con el instructor a un lado y Arsène —que era un excelente remero— al otro, alcanzamos muy pronto el centro del río y remontamos la plácida corriente durante una treintena de metros. Fue una experiencia única, formada por muchas cosas emocionantes, aunque diferentes entre sí: el Támesis con su inigualable majestuosidad, las casas asomadas a las riberas y los muchos jardines cuyos árboles centenarios acariciaban las aguas, pero también las palabras que cruzamos, como hombres, en aquella estrecha embarcación que se deslizaba ligera a flor de agua. Y las risas ante las rudas bromas del señor Drake, y el modo en que Arsène las rebatía con sutiles dobles sentidos que solo Sherlock y yo podíamos comprender. Los remos de la canoa eran finos y largos, bastante pesados, pero, imprimiendo el movimiento justo, una especie de símbolo de infinito trazado sobre la superficie del río, nos desplazábamos entre el aire y el agua sin encontrar resistencia. No era empresa fácil, pero pronto aprendimos a seguir el ritmo, como si en cada boga hubiese algo correcto y equilibrado, a lo que el hecho de deber sincronizarse con los movimientos de los demás añadía más armonía. Drake marcaba el ritmo, nos ilustraba acerca de los edificios que íbamos dejando atrás, saludaba a las canoas que encontrábamos en sentido opuesto, nos explicaba cómo competir con las demás embarcaciones y qué reglas aplicar para determinar la precedencia en el agua. Me bastó media hora en el río para olvidar todo lo que tenía que ver con tierra firme. Y cuarenta y cinco minutos para no notar ya los hombros. Por suerte para mí, sin embargo, Drake parecía haberlo previsto y poco después amarrábamos en el club, con mis brazos despidiendo llamaradas de dolor. Salí a trompicones de la canoa, al agua sucia que batía contra la orilla, y me tumbé en tierra para intentar respirar. El señor Nelson, en su mesa, bajó el librito y nos miró, pero no se movió.

—¡Bien hecho, señores! —exclamó entre tanto nuestro instructor.

Sherlock, que no había dicho ni palabra desde que nos habíamos montado en la canoa, le sonrió por compromiso. Arsène, en cambio, se detuvo a estrecharle la mano y comentar unos minutos nuestra primera salida.

—¿Qué tal? —me preguntó Sherlock.

Yo necesitaba aún un poco más de aire en los pulmones para articular una respuesta. Él pareció comprenderlo y se limitó a asentir.

—Será todo lo beneficioso que sea para mi espalda —suspiré cuando por fin pude hablar—, pero no siento los brazos.

—No empieces a quejarte tan pronto. Mañana será peor —se burló Sherlock.

—Ah, muchísimas gracias, es exactamente la clase de comentario que levanta la moral.

—¡Ánimo! ¡Piensa más bien en cuánto se alargarán los músculos!

—He de comunicarte que los míos están simplemente hechos cisco.

Arsène se unió a nosotros.

—Hecho —dijo.

—Hecho, ¿el qué? —quise saber.

Mis amigos cruzaron una mirada furtiva, tras la cual Arsène echó una ojeada en torno suyo, como si quisiera cambiar de tema.

—¿Y bien, Irving? —inquirió—. ¿Vamos a casa o hacemos un salto hasta la vieja buena Shackleton Coffee House?

Después de aquel palizón, y con el señor Nelson todavía de guardia en la mesita, un manso regreso a casa me parecía la única posibilidad factible. Pero, puesto que no se me había escapado aquella mirada suya, mientras aceptaba la mano que me tendía Arsène para ayudar a levantarme, repetí:

—Hecho, ¿el qué?

—Ah, nada especial —contestó él.

Nos dirigimos al encuentro del señor Nelson.

—Y dígame, señorito Irving, ¿qué tal le ha ido en su primer día de deporte?

—Como si fuese el último —le contesté, masajeándome los brazos. Luego, contemplando el río, añadí—: Aunque he de reconocer que ha sido precioso.

—No será el último, desde luego, si no queremos quedar mal… —dijo Arsène a mi lado.

Me volví a mirarlo. Y luego miré a Sherlock, que estaba a pocos pasos. Conocía aquel modo suyo de actuar en complicidad. Y sabía que, cuando esquivaban la mirada, Arsène estaba insólitamente alegre y Sherlock más taciturno que de costumbre, es que planeaban algo. O que ya lo habían llevado a cabo.

—Vosotros dos no me decís la verdad. Desembuchad —los insté entonces. Luego, al ver que Arsène sonreía maliciosamente, me inquieté más aún—. ¿Arsène? ¿Sherlock?

—Nos hemos inscrito en la regata de los *freshers* —confesó este último.

—¿El qué? —exclamé.

—Es una prueba entre los inscritos recientemente en el Thames Rowing Club —explicó Arsène—. Y tenemos tres meses para prepararnos como es debido.

—¿Y para qué deberíamos participar en esa estúpida regata? —estallé.

—Pues para ganarla, ¿no? —se rio Arsène.

Capítulo 4

UNA CARTA DE GLASGOW

En la cena, no podía ni sostener los cubiertos y tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para cortar la carne con el cuchillo. Pero tenía tanta hambre que me la habría comido tal cual, a mordiscos.

Leopold me miraba visiblemente satisfecho.

—Nunca te había visto comer con tanto apetito.

Ni yo tampoco, tengo que admitirlo. Había devorado una fuente de patatas *à la duchesse* prácticamente yo sola y me había comido el filete al vino de Madeira a una velocidad impresionante. Pero todavía me sentía como si me hubieran robado algo que se encontraba en el fondo de mi estómago y tuviera urgencia en llenarlo de nuevo.

—Tengo que cambiar de opinión respecto al consejo de ese doctorcillo, por lo que parece… —rezongó mi padre—. ¿Cómo es el club?

—Oh, muy interesante, papá.

—¿Y hay más… —buscó la palabra unos instantes—… remeras como tú?

—¡Ah, sí! —mentí, rapidísima—. Es un club muy moderno y en consonancia con los tiempos…

—¡Pues vaya! —replicó él—. Quién lo habría dicho. Ahora va a resultar que el retrógrado soy yo.

Por la puerta que daba a la cocina asomó la señora Fowler.

—¿Les queda hueco a los señores para un trozo de *charlotte* de

pera? —nos preguntó.

—¡Sí, señora Fowler, sin la menor duda! —chillé casi, para hilaridad de mi padre.

Leopold esperó a que yo tuviera un buen pedazo de postre bajo la nariz y sacó del bolsillo de su chaleco una carta doblada.

—Me ha escrito un viejo amigo —empezó a decir.

Yo dejé el tenedor y el cuchillo a los lados del plato y miré el postre triunfal de la señora Fowler. El *bon ton* prescribe cortarlo en trocitos y llevárselos discretamente a la boca. Aquel pedazo de *charlotte*, sin embargo, era tan invitante que me dieron ganas de hincarle el diente sin contemplaciones, como habría hecho un carretero.

—¿El señor Ralston? —pregunté.

Mi padre sonrió.

—Oh, no. ¡Esta vez, nada de cacerías de zorros arruinadas por crímenes terribles! Pero podría ser una oportunidad de ver algo de Escocia.

—¿Escocia? —repetí—. ¿Esa tierra de clanes guerreros donde se comen el postre… así?

Y, dicho esto, agarré el trozo de tarta con las manos y me comí la mitad de un bocado.

—¡Irene! —me reprendió mi padre. Pero su talante bonachón prevaleció enseguida y su expresión severa se transformó en una risita de diversión. Yo, tras hacer desaparecer mi postre con un par de bocados más, le pedí a mi padre que siguiera hablando.

—Mi amigo se llama Arthur McSweeney y es un viejo compañero de negocios. Se había trasladado a Alemania con su familia y nos resultamos muy simpáticos desde el primer momento. O afines, si lo prefieres.

Leopold no era un tipo que se abandonara a largos relatos o confesiones espontáneas sobre su vida. Y yo nunca había estado demasiado interesada en descubrir cómo se había convertido en un empresario tan consolidado en el sector metalúrgico y ferroviario. Siempre lo había dado por supuesto, como si él hubiese nacido haciendo ya aquel trabajo o lo hubiese heredado de su abuelo.

—Hacía tiempo que no tenía noticias de él y su carta me complace mucho, aunque… —recorrió rápidamente las dos hojas que la componían—. Es el Arthur de siempre. Por decirlo en pocas

palabras, me propone un negocio. Una adquisición que, a su parecer, sería ventajosísima.

—¿La adquisición de qué? —pregunté, imaginándome, quién sabía por qué, una nave industrial llena de ingenios mecánicos y engranajes herrumbrosos.

—Eso precisamente es lo que asombra —respondió mi padre—. Se trata de… un castillo.

—¿Un castillo? —exclamé excitada.

—El castillo de Newark —leyó él—. Una elegante morada medieval que me propone adquirir a un precio ridículo, muy por debajo de su valor real.

—¿Y por qué quiere que tú lo compres?

—Porque prefiere vendérselo a un amigo y saber que lo cuidará antes que en una subasta.

—Espera, espera —lo interrumpí—. ¿Me estás diciendo que el castillo… es de tu amigo?

—Sí, por desgracia —respondió Leopold—. Y él se ve obligado a venderlo.

Me habría gustado preguntarle qué es lo que obligaba a su amigo McSweeney a poner el castillo en venta, pero vi contraerse el rostro de Leopold y volverse aún más absorta su expresión, por lo que decidí esperar.

—Arthur debe trasladarse a un lugar más cálido a causa de la salud de su mujer, a la que está matando poco a poco el frío del norte… —prosiguió mi padre después de un largo suspiro, respondiendo así también a mis dudas. Geneviève, mi madre adoptiva, en sus últimos años de vida había luchado contra graves problemas respiratorios. Intentando que se curase, la habíamos llevado al mar y al campo. Cuando murió, sin embargo, nos habíamos mudado definitivamente a Londres, la ciudad más sucia en la que habíamos vivido y que, en la intención de mi padre, debía representar únicamente un paréntesis a causa de la guerra.

—Arthur y su mujer no han tenido hijos —siguió diciendo, como si al leer la historia de su amigo estuviera recorriendo la propia—. Por ello, en vista de la necesidad de trasladarse lo antes posible a un lugar más templado, como las islas del Pacífico, se ve forzado a vender el castillo. Mejor dicho, a malvenderlo. Pobre Arthur.

—Es muy amable por haber pensado en ti… —murmuré.

—Sí, aunque me temo que el precio que tiene en mente es, de todos modos, una cifra considerable.

—¿Crees que no vale la pena?

Vi pasar por los ojos de mi padre un vibrante brillo de lucidez. Tomó aire por la nariz y dijo:

—Seguramente ha pensado en mí porque, además de ser amigo suyo, tengo cierta disponibilidad económica, no puedo negarlo. Pero Arthur siempre ha sido un hombre con un olfato increíble para los negocios y conoce a personas mucho más pudientes que nosotros.

Había dicho «nosotros», noté, y era bonito constatar que mi padre me ponía por fin al corriente de cuestiones importantes, como si yo fuera ya mayor.

—Pero me siento realmente… realmente intrigado, Irene —dijo como conclusión. Buscó en el otro bolsillito un *pince-nez*, que se colocó sobre la punta de la nariz—. Porque, después de proponerme que visite enseguida el castillo, mi amigo insiste en que lleve conmigo a «la maravillosa hija de la que siempre me has hablado tanto, pues estoy seguro de que se enamorará de Newark a primera vista». Y, para asegurarse de que yo aceptaba su invitación, se ha tomado la molestia de sacarnos dos billetes de primera clase para Glasgow.

—Es un tipo que sabe bien lo que se hace —observé, apoyándome en el respaldo de la silla.

Leopold se alisó el chaleco.

—¿Arthur? Vaya si lo sabe. Ya te lo dicho, tiene un olfato increíble para los negocios.

—Pero tú también lo tienes, papá —le señalé.

—En menor medida, pero… supongo que sí.

—¿Y qué te dice tu olfato?

—Que muy probablemente se trata de un viaje en vano —respondió Leopold, encogiéndose de hombros—. La compra de un castillo escocés no entra en mis planes. Pero no sé cómo decírselo sin que se ofenda.

Yo, por mi parte, me debatía interiormente. Por un lado, la idea de hacer un viaje a Escocia para visitar un castillo me atraía, sobre todo en aquellos momentos, cuando el calor del verano daba paso a una dulce tibieza otoñal; por el otro, mis jornadas estaban tan

ligadas a Sherlock y a Arsène que me entristecía la idea de marcharme sin ellos, aunque solo fuera para unos días.

—Si es un pretexto lo que necesitas —le sugerí—, puedes decirle que soy yo la que no puede ir.

Estaba la cuestión de mi espalda, le recordé, y el remo. Y, para sostener mejor mi causa, le hablé de los entrenamientos a los que deberíamos dedicar al menos dos o tres días a la semana si no queríamos hacer un mal papel en la regata del Thames Rowing Club.

—No es mala idea —convino mi padre. Luego me dirigió una mirada afectuosa y añadió—: Me alegra que ellos estén contigo.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Quizá me dejarían más tranquilo dos correctas señoritas vestidas de encaje y con sombrillita, pero en el fondo me complace que tengas esos dos amigos —confesó—. Y que os ayudéis mutuamente.

—Sí —murmuré—. Es una gran suerte. Somos completamente inseparables.

Y, en el momento mismo en que lo dije, sentí que algo se rompía dentro de mí. Pensé que era como una advertencia, o tal vez una señal. Porque los sentimientos, como los músculos, tienen que doler para fortalecerse.

Capítulo 5

UN VISITANTE INESPERADO

Sherlock resoplaba como una locomotora mientras paseaba agitado alrededor de las butacas medio desfondadas de la Shackleton Coffee House. El día era caluroso, un sol decidido resplandecía al otro lado de los gruesos cristales y las salas del local que habíamos elegido como lugar para pensar y cuartel general olían a maíz tostado y sacos de yute.

—Me estás poniendo nervioso —protestó Arsène a la enésima vuelta de nuestro amigo. Así que Sherlock se detuvo de golpe, cruzó las manos a la espalda y, meneando la cabeza, se puso a mirar afuera.

—Una ciudad habitada por cientos de miles de personas y… ¡nada! —murmuró con irritación, dejándose caer en una butaca—. No sucede nada.

El humor de nuestro amigo había ido ensombreciéndose semana tras semana mientras los periódicos se amontonaban inútilmente en la mesa entre nosotros, por la que los camareros de la Shackleton ni

siquiera pasaban ya para poner orden. Y la razón de tanto fastidio era, según decía él, la ausencia prolongada de actividad. Por mucho que Sherlock leyera diligentemente toda clase de diarios que pasaran por sus manos, en aquellas últimas semanas no había encontrado ninguna noticia, ningún suceso, ningún detalle incongruente que representara una de las que él llamaba «situaciones potencialmente interesantes». Lo cual significaba, en la mente de Holmes, un signo de interrogación que exigía una respuesta.

—Quizá también los malhechores de la ciudad sientan el torpor del otoño —bromeé yo, enlazándome las rodillas con los brazos. Veníamos de nuestra primera salida al Támesis como remeros y, aunque los músculos me dolieran un poco, todavía me invadía una dulce sensación de fatiga.

—¡Es más probable que lo sientan esos haraganes de periodistas! —rezongó Sherlock.

—No me mires a mí —bromeó Arsène, entre cuyas identidades ficticias figuraba precisamente, bajo el nombre de Auguste Papon, la de fantasmal enviado de un periódico parisino.

Al contrario que mi amigo, yo disfrutaba con aquel primer frescor otoñal que la fatiga por el ejercicio físico hacía, inesperadamente, todavía más agradable. Estaba deslizándome con placidez a una especie de alegre indolencia, pero salté de mi butaca para ponerme en pie al mirar la puerta de la Shackleton.

—¿Papá? —dije, atrayendo la atención del hombre elegante que acababa de entrar.

Leopold miró en torno suyo, vagamente aturdido, pero, en cuanto me distinguió al fondo del salón, me sonrió y se acercó como si nada. Era la primera vez, desde que era amiga de Arsène y Sherlock, que se atrevía a profanar nuestro pequeño reino. Yo no sabía siquiera que conociera su existencia.

—A vosotros precisamente os estaba buscando —nos saludó al llegar a la mesa. Yo sabía reconocer cuándo mi padre tenía algo en mente, y aquel era uno de esos momentos—. Os habíais ido hacía poco cuando he llegado al Thames Rowing Club y el señor Nelson me ha dicho que os encontraría aquí.

Cruzamos una mirada de preocupación. ¿Mi padre había estado también en el club de remo? Debía de ser algo serio entonces.

Arsène le cedió su asiento y mi padre, después de darle las gracias, se acomodó en él.

—Escuchad —dijo, aunque no había necesidad, éramos todo oídos—. Mi hija me ha oído hablar de un viejo amigo mío, un tal McSweeney…

Y, con brevedad, puso a mis amigos al corriente del asunto del castillo escocés.

—Naturalmente, sé lo del remo y lo de vuestra regata, y comprendo la importancia de no interrumpir los entrenamientos, pero…

Y he aquí que sacó un telegrama del bolsillo.

—Por lo que parece, mi amigo no es alguien que cambie de propósito tan fácilmente. Al recibir mi negativa a ir, me ha enviado un telegrama de respuesta, al cual he respondido a mi vez y, en suma, para ir al grano… me he enterado de que el castillo de Newark está a orillas del río Clyde, a poca distancia del puerto de Glasgow. En fin, el motivo por el que quería hablar con vosotros tres es saber qué os parecería un breve viaje a Escocia. Arthur acaba de confirmarme que se sentiría más que feliz de acoger a Irene y sus… inseparables amigos. Así como de procuraros el equipo necesario para que en vuestra estancia no os falte oportunidad de entrenaros. —Se pasó una mano por el espeso pelo y añadió—: Escocia tiene un clima adverso durante buena parte del año, pero el bueno de McSweeney me escribe que en Glasgow el principio del otoño suele ser agradable y no demasiado lluvioso. Y, por supuesto, con mucho gusto les escribiré unas líneas a vuestros padres para tranquilizarlos respecto a este pequeño viaje… En fin, queridos jóvenes, ¿qué me decís?

—¿Y nos lo pregunta, señor Adler? ¡Es un ofrecimiento realmente generoso! —respondió Arsène con vehemencia—. Precisamente este amigo mío se estaba quejando de que el aburrimiento lo atenaza desde hace un tiempo. ¿Me equivoco, Sherlock?

Nuestras miradas se posaron sobre Sherlock. Mi amigo calló unos instantes, entornando los ojos hasta reducirlos a rendijas. Dentro de mí sabía que estaba pensando en la manera de hacer que la señora Holmes consintiera aquella enésima marcha improvisa. Y un centelleo casi imperceptible en sus ojos me bastó para saber que

había dado con una solución.

—No, no te equivocas en absoluto. Será un placer acompañarlos —respondió, de hecho.

—Entonces, ¡está decidido! —exclamó Leopold, que se levantó de la silla con aire satisfecho—. Partimos pasado mañana por la mañana, a las ocho en punto. Coche doce.

Sherlock y Arsène asintieron con una inclinación de la cabeza.

Todo había ocurrido tan deprisa que nadie se había tomado la molestia de pedir también mi parecer, como si fuese totalmente superfluo. O mi padre y mis amigos me conocían tan bien como para saber que estaba muy contenta por la noticia o eran simplemente tres maleducados que pensaban poder hacer lo que quisieran sin tener que pedirme permiso. Decidí hacérselo notar con una broma:

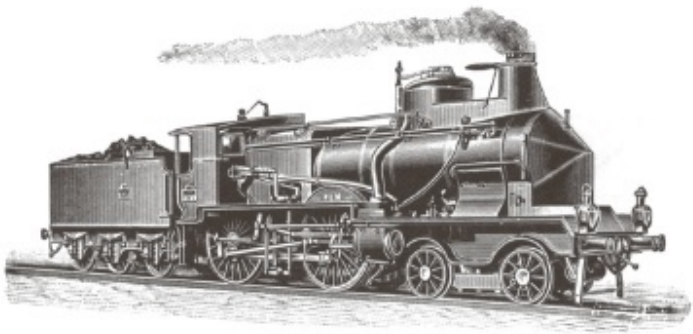
—¿Y cuándo tenéis pensado volver? —pregunté al trío. Y, con una sonrisa mordaz, añadí—: Lo digo por tener algo preparado para la cena.

También ellos sonrieron, sobre todo mi padre. Y entonces comprendí que, de las dos hipótesis, la primera era la más probable.

—¿Sabes algo divertido, Irene? —dijo al fin Leopold—. Cuando me he presentado en el Thames Rowing Club y he preguntado dónde podía encontrar a Irene Adler, me han contestado que es más fácil encontrar a un hombre que sepa remendarse los calcetines que a una señora que sepa remar. Qué raro, ¿no os parece?

Capítulo 6

HACIA EL NORTE



Y así, tras un día de preparativos, emprendimos el viaje. Partimos a las ocho desde Euston y, tras siete soporíferas horas de tren, entramos en la estación de Queen Street, en el centro de Glasgow. No sin cierto disgusto descubrí que teníamos que montarnos en otro traqueteante ferrocarril, el trenecito local, para llegar a nuestro destino. Por suerte, ese segundo trayecto fue muy breve y a media tarde llegamos a Port Glasgow. La locomotora aminoró su marcha entre silbidos y bufidos de vapor y nos encontramos en una encantadora estación de ladrillo rojo. En el andén de la única vía vimos enseguida a un distinguido caballero de traje gris, que había ido a darnos la bienvenida.

—Debe de ser el amigo de mi padre —dije en cuanto lo vi.

—Hum… entonces es también el inventor del elixir de la eterna juventud —murmuró Arsène. Mi amigo estaba irritado no tanto por haber perdido al ajedrez con Sherlock y haber hecho tablas con mi padre, sino por el hecho de que yo también lo hubiera batido aprovechando un movimiento erróneo de su reina y el de un caballo mío que hasta ese momento había dado por perdido. Era la primera vez que lo conseguía y no había ocultado que estaba particularmente satisfecha. Para que quede constancia, nuestro pequeño torneo había concluido con la victoria de Sherlock (cinco

de cinco), seguido de Leopold y del señor Nelson, que había asombrado a todos con un gran juego de las torres.

Desilusiones ajedrecísticas aparte, Arsène tenía razón, pues el caballero que se acercaba a la estación de Port Glasgow no podía ser el viejo amigo de mi padre. Por el simple hecho de que no era viejo en absoluto. Era un treintañero de largo y ralo cabello rubio, ojos acuosos y nariz delgada.

—Señor Adler —saludó a mi padre y le estrechó la mano—. Es un verdadero placer conocerlos.

Nos estrechó la mano a todos y me impresionó la fuerza de aquel apretón. Después de confiar nuestro equipaje a la servidumbre, dijo que se llamaba Oliver.

—Por aquí, hagan el favor. Son solo unos minutos. He pensado que podíamos concedernos un breve recorrido paisajístico antes de ir al castillo.

Nos adentramos tras los pasos del señor Oliver en calles que, comparadas con las bulliciosas de Londres, parecían casi desiertas. Aquel lugar me parecía un poblachón agradable y bastante anónimo, con un largo paseo fluvial flanqueado por una hilera de casitas de dos plantas, farolas y una serie ininterrumpida de veleros atracados uno junto a otro.

Por el camino, nuestro anfitrión nos contó un poco la historia de la localidad. En origen se llamaba Newark, igual que el castillo al que nos dirigíamos, y era contemporánea de la construcción de la fortaleza por parte de *sir* George Maxwell en la segunda mitad del siglo XV. El asentamiento había crecido muy deprisa, porque no solo constituía un excelente amarradero para los pesqueros, sino que había resultado muy útil también para los barcos cargados de tabaco con destino a Glasgow, ciudad situada también en el río pero más adentro. Muchos de ellos, al menos hasta 1830, para no afrontar las sequías del río preferían atracar en Port Glasgow y desde allí el cargamento era transportado por tierra los treinta y cinco kilómetros que faltaban para la ciudad. Después de 1830, los trabajos de drenaje del Clyde habían hecho mucho más fácil la navegación aguas arriba, pero Port Glasgow no había perdido su rico mercado de tabaco, azúcar, ron, caoba y algodón que llegaban de Estados Unidos, ni tampoco los de la madera y el cáñamo del Báltico. Port Glasgow había hecho de la construcción naval una

próspera ocupación, mientras que un segundo pueblo más al oeste, Greenock, se había convertido en el gran mercado de pescado en la zona. Pasamos en carruaje junto a los muelles del puerto, que se extendían sin interrupción a un lado de la calle principal, y continuamos luego por la costa, baja y herbosa.

—¿Hace mucho que vive aquí? —le preguntó Sherlock a nuestro anfitrión.

—Voy y vengo, pero, con el paso de los años, estoy cada vez más encariñado con este lugar —respondió él con afabilidad.

Como nos había anticipado Oliver, llegamos al castillo en pocos minutos.

—Caray… —murmuré al verlo. Era una espléndida morada medieval construida al final de un prado tan perfecto que parecía una gran mesa de juego suspendida sobre la ribera del río. La vista de la bahía era de una amplitud y una nitidez que dejaban sin respiración. Y el castillo, compacto y embellecido en las esquinas con torrecillas, era elegante, imponente pero no pomposo, sólido pero no austero, con un empinado tejado oscuro en el que se abrían cuatro buhardillas. A escasa distancia del cuerpo principal había un molino de viento que parecía salido directamente de un cuento de los pérfidos hermanos Grimm. No sé por qué, pero, nada más ver el castillo y los veleros detrás de él, perezosos y balanceantes como si el tiempo no pudiera tocarlos, experimenté una profunda sensación de melancolía.

Me apreté contra mi padre, que me pasó un brazo por los hombros.

—¿Mi amigo estaba en lo cierto? —me preguntó—. ¿Ya te has enamorado?

—Quizá —le contesté.

El señor Oliver ayudó a Horace con el equipaje mientras un segundo caballero, esta vez de más edad, venía hacia nosotros desde la orilla del río.

—¡Leopold!

—¡Arthur! —exclamó mi padre, que estrechó a su amigo en un abrazo fraternal—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Por fin pude conocer al famoso McSweeney. Era un hombre pequeño con orejas de soplillo y los ojos aquejados de un fastidioso tic que los hacía guiñarse continuamente. Ya había perdido casi

todo el pelo y, por seguirle la broma a Arsène sobre el elixir de la juventud, su receta debía de haberle fallado estrepitosamente. El señor McSweeney aparentaba, de hecho, muchos más años que mi padre y, a juzgar por su mirada, el paso del tiempo no había aportado serenidad a su vida, sino tormentos y preocupaciones.

—¡Por fin tengo el placer de conocerte! ¡Tu padre me ha hablado mucho de ti! —exclamó cuando llegó mi turno. Y me abrazó, primero titubeante, luego con ímpetu, pero el tipo de ímpetu un poco torpe y excesivo de las personas que fingen sentirse cómodas. Pensé que tal vez no supiera bien cómo comportarse con los jóvenes por el hecho de no tener hijos y a lo mejor, quién sabía, habría querido tenerlos. O bien era solamente un tipo un tanto estrambótico. En todo caso, el suyo fue un abrazo nada espontáneo.

El señor McSweeney saludó con desapego, en cambio, a Sherlock y a Arsène, y les preguntó si eran ellos los dos remeros del grupo. Cuando le señalé que yo también lo era, soltó una carcajada desentonada que me impresionó por su total falta de jovialidad.

Nos retó, con poca convicción, a una regata al día siguiente, y añadió que caminando se sentía una ruina, pero que aún se consideraba un as a los remos.

La sombra del castillo, entretanto, se había alargado sobre nosotros y, con la sombra, había bajado también el aire frío de la noche que ya se cernía.

—Os acompaño hasta vuestras habitaciones —nos anunció Arthur, y en ese mismo momento, como llamado por aquellas palabras, por la puerta del castillo salió su sobrino, que nos miró como si quisiera asegurarse de que todavía estábamos todos allí.

—Ya habéis tenido ocasión de hablar con Oliver, supongo —murmuró Arthur.

—Nos ha entretenido de manera excelente —respondió mi padre.

—Ah, no lo dudo. Es un joven lleno de recursos —se congratuló el señor McSweeney, conduciéndonos hasta la puerta.

El interior del castillo era todavía más bonito y majestuoso. El primer salón en que nos acomodamos era grande y luminoso, inflamado por el rojo de la puesta de sol, que se reflejaba en las aguas del Clyde. Arthur McSweeney nos explicó que estaban ultimando unos pequeños trabajos de restauración de cara a la

venta y que los dormitorios reservados a mi padre y a mí se encontraban en la planta noble, la primera. Sherlock y Arsène serían alojados en las buhardillas, en un cuarto con dos camas pegado al del señor Nelson.

—No podíamos pedir nada mejor —comentó Arsène, cautivado por las armaduras alineadas como guardias de la escalinata y la gran chimenea que dominaba el salón.

El señor Arthur y su sobrino nos citaron luego para la cena y nos dejaron una hora libre para refrescarnos y cambiarnos de ropa después del largo viaje.

—Y dime, Arthur, ¿cómo está tu mujer? —le preguntó Leopold un instante antes de subir a su habitación.

Al oír la pregunta, McSweeney se ensombreció de pronto y bajó la mirada al tiempo que se retorcía las manos.

—Qué quieres que te diga, Leopold. Evelyn acaba de llegar a París. Desde allí, tenemos intención de partir para doblar el cabo de Buena Esperanza y acercarnos al calor…

—¿Ya tenéis pensado adónde ir?

—Un conocido nuestro, el señor Stevenson, que sufre su mismo mal, nos ha aconsejado Samoa. Un clima verdaderamente milagroso, a su juicio. Ya tengo un contrato para adquirir un terreno allí y construir en él una casa. Pero ¿sabes?, es un viaje interminable, para pensárselo todo bien, sin contar con que, hasta que no haya resuelto este… asunto de Newark, no puedo ocuparme enteramente de ello. ¿No es verdad, Oliver?

—Así es, por desgracia, tío Arthur —contestó el hombre de ojos líquidos, esbozando una educada sonrisa que me pareció hasta demasiado fría, dado el tema—. Por desgracia, así es.

Capítulo 7

UN FANTASMA ENTRE NOSOTROS

Leopold y el señor McSweeney, que después de su juventud se habían visto esporádicamente, ignoraban muchos detalles de sus vidas respectivas. Mi padre, por ejemplo, había conocido a la mujer de su amigo, pero no al resto de la familia, por lo que no sabía decirme con exactitud de dónde provenía el parentesco de Oliver con el señor McSweeney. Lo descubrimos en la cena, cuando, en el transcurso de la conversación, tocamos también aquel tema.

—Oliver es hijo de la hermana de mi mujer, que lamentablemente ya no está entre nosotros desde hace unos años —explicó McSweeney mientras todavía estábamos sentados en el gran comedor bajo una colosal lámpara de hierro forjado—. Y como nosotros no tenemos hijos, se ha convertido un poco en… —Carraspeó y se sirvió un vaso de agua antes de añadir con cierto

bochorno—:… en nuestro sostén en la vejez.

Oliver se limitó a mirar en torno suyo con sus ojos ausentes y asintió, luciendo una sonrisa gélidamente educada.

—Desde luego, es una verdadera lástima, Arthur, que quieras deshacerte de este lugar maravilloso —intervino mi padre—. No es por meterme en tus asuntos, pero… ¿estás seguro de haber explorado ya todas las posibilidades?

—¿Todavía no lo has visto y ya pones reparos, Leopold? —bromeó él.

—Nada de eso —repuso mi padre—. Más bien al contrario. Lo que hemos visto, si acaso, me ha hecho pensar que es uno de los castillos más bellos que he visitado nunca, y la sola idea de que quieras…

—No es que quiera —lo interrumpió Arthur—. Es que debo.

—Es esa decisión tuya tan drástica lo que quisiera que reconsideraras. A lo mejor, si lo hablamos después de la cena…

—A mi tío Arthur solo puede serle de provecho el oír una voz amiga —intervino Oliver—. Pero imponerles tratar de este asunto ahora sería terriblemente descortés. Han hecho un largo viaje, están recién llegados y los hemos catapultado a la mesa sin darles tiempo siquiera para descansar.

—Oliver tiene razón —dijo el señor McSweeney—. Mañana por la mañana te acompañaré a hacer una visita completa del castillo y luego podremos hablar de negocios, una vez que estemos todos más reposados.

—Como quieras —aceptó de buen grado mi padre.

—Algo, no obstante, sí puede decirnos ahora… —intervino entonces Lupin con ese tono que sacaba a relucir siempre que quería reavivar una conversación—. Y es cómo se llama el fantasma que habita el castillo.

El señor McSweeney alzó una ceja, como si no hubiera captado el sentido de la pregunta. También Oliver titubeó.

—Quiero decir… —prosiguió Arsène—, jamás se ha visto un castillo escocés sin su fantasma.

—¡Ah, pues claro! —exclamó entonces el sobrino del señor McSweeney—. Es imposible librarse de los fantasmas escoceses, y Newark no es ninguna excepción.

—No, en efecto, también aquí hay las usuales murmuraciones

tontas que siempre rodean los viejos castillos… —reconoció Arthur, un tanto incómodo—. Aunque…

—… todavía no hemos logrado saber de quién se trata —intervino otra vez Oliver—. Es hombre, en todo caso. Tal vez el detestado lord Patrick Maxwell, que vivió en el castillo a finales del siglo XVI. O algún desventurado muerto en sus estancias.

—¡Oliver! —lo interrumpió Arthur—. No es exactamente la clase de historia con que entretener a nuestro posible comprador, ¿no crees?

—Permita que disienta, señor McSweeney —dijo Sherlock—. Pese a no creer en absoluto en la existencia de fantasmas, sostengo que un pasado oscuro y misterioso no puede sino acrecentar el valor de este castillo…

—Sherlock siente debilidad por los enigmas —expliqué, lanzándole una mirada divertida a mi amigo—. Incluso tiene una sección propia de acertijos en el *Globe*, un periódico londinense. Y lo atraen todas las formas del misterio.

—¿Y usted qué piensa de esa… pasión, señorita? —me preguntó entonces el señor McSweeney, frunciendo el ceño.

—Creo que es preferible a muchas otras —respondí evasiva.

A nuestra espalda, la chimenea chisporroteaba y su leve tibieza era muy agradable. Pese a que avanzáramos hacia la bella estación, en aquellas latitudes, en cuanto se ponía el sol, la noche se volvía fría enseguida y el aire pellizcaba la piel.

La conversación había llegado para entonces a temas de naturaleza más personal y hablamos, así, de mi educación, de los colegios de Londres y también un poco de política, es decir, de la recuperación tras la guerra entre Francia y Alemania. Oliver se informó sobre qué hacían, acertijos aparte, Sherlock y Lupin, y quiso saber cómo nos habíamos hecho amigos. Arsène le contestó improvisando una historia, meticulosa en los detalles y, por eso, bastante verosímil. Habló de una respetable familia parisina imaginaria que había abandonado Francia a causa de la guerra, igual que habíamos hecho nosotros, los Adler. Ocultó así nuestro pacto secreto, sellado en las playas de Saint Malo un par de años antes. Y mientras hablábamos, en apariencia afablemente pero en realidad con ese típico distanciamiento anglosajón que hace bastante superfluas muchas conversaciones, degustamos una

excelente cena compuesta por salmón con áspic y mayonesa, cordero asado y flan italiano.

Terminada la cena, Sherlock pidió permiso para dar un paseo hasta el río, permiso que le fue concedido. Arsène y yo nos unimos de buena gana a él y Oliver nos acompañó hasta la puerta trasera del castillo, que daba a la ribera del Clyde. En el umbral se detuvo a escuchar la conversación entre Leopold y Arthur que seguía a su espalda y, tras desearnos un agradable paseo, se despidió con una inclinación para volver con su tío.

Nosotros salimos al jardín y vagabundeamos en dirección al viejo molino. La noche era oscura y con estrellas, el agua negra como la tinta.

—¿Qué pensáis? —pregunté a los pocos pasos.

—¿De qué? —repuso Arsène.

—Ambos tienen los nervios más bien tensos —dijo Sherlock.

Lo miramos.

—El señor Arthur está sombrío, pensativo, es un alma atormentada. Su sobrino, en cambio, parece asustado por la idea de dejarlo aunque solo sea un segundo.

—Añadiría también que, pese a esos aires distantes y a sus modales corteses, es también un discreto fisgón —murmuró Arsène.

Yo también había notado con cuánto interés se había informado de la vida de mis amigos.

—Creo que el señor McSweeney está preocupado por su mujer —dije, recordando el ambiente apagado, idéntico al que reinaba en mi casa cuando Geneviève estaba enferma—. Y a eso se suma la incertidumbre por tener que vender el castillo.

—Cierto… pero no consigo sacudirme la impresión de que hay algo extraño —observó Sherlock.

Dimos la vuelta al molino, alto y silencioso, con las aspas quietas, y luego caminamos hacia la parte opuesta del castillo, pasamos por delante de los ventanales abiertos y por ellos vimos que los tres hombres se habían trasladado a un saloncito.

—En todo caso, yo le aconsejaría a tu padre que lo viera bien claro en la compra de este castillo —siguió diciendo Holmes—. No quisiera que hubiera algo detrás.

—Yo también lo he pensado —dijo Arsène.

—Pero ¿pensado el qué, perdonad? —pregunté bastante

sorprendida.

—Quién sabe… El castillo podría estar gravado con una hipoteca, por ejemplo —contestó Lupin.

—Una hipoteca de la cual esté al corriente la gente del lugar pero no tu padre, que vive en Londres —añadió Holmes.

—¡Oh! —solté—. Ahora estáis exagerando vosotros dos… Mi padre y McSweeney son viejos amigos, no un estafador y su víctima.

—Pero quizá el viejo Arthur esté en dificultades y la amistad con tu padre sea la última carta que le queda por jugar —replicó Arsène, encogiéndose de hombros.

Solo el pensarlo me horrorizó.

—Leopold no es ningún tonto, y tampoco un sentimental —rebatí de una manera bastante seca—. Si dice que es amistad, es que es amistad.

—De acuerdo —asintió Sherlock—. Veamos, pues, adónde nos conduce el razonamiento… Los dos hombres son verdaderos amigos y, si McSweeney se encontrase en apuros económicos, no pensaría en estafar a tu padre, si acaso le pediría ayuda.

—Eso mismo —confirmé.

—Pero sabemos que no es así —intervino Arsène—. McSweeney no le ha pedido un préstamo, le ha propuesto la adquisición de un castillo.

—Bien dicho. Y eso, pensándolo bien, sugiere una respuesta a nuestras dudas —dijo Sherlock.

—¿Ah, sí? —dije yo.

—Pues claro… ¡el orgullo! Un hombre orgulloso jamás podría mendigarle dinero a un viejo amigo, pero sí que podría, sin ningún deshonor, proponerle un negocio —razonó Holmes.

—Es verdad. Pero si el propósito es simplemente juntar una cantidad, ¿por qué no buscar un comprador cualquiera y tratar de vender el castillo al precio más alto posible? —preguntó Lupin.

Sentí que conocía la respuesta a aquella pregunta, así que dije:

—No tenemos ni idea de si el señor Arthur está en dificultades económicas, tan solo es una suposición que hemos hecho nosotros. Sabemos, en cambio, que quiere marcharse de aquí cuanto antes para facilitar la curación de su mujer. Por eso tiene prisa en vender y, como ocurre en casos así, está dispuesto a hacer concesiones en el precio. Teniendo un buen negocio en las manos, es comprensible

que McSweeney se lo proponga a un viejo amigo antes que vender a un desconocido.

Me di cuenta demasiado tarde de que mis consideraciones sonaban como un teorema explicado en la pizarra por una maestrita. Correcto pero aburrido.

Y mientras que Holmes, al no tener nada que objetar, asintió con la cabeza, Arsène abrió mucho los ojos y buscó una escapatoria al aburrimiento:

—¡O a lo mejor nos equivocamos de medio a medio! —exclamó —. Puede que la razón por la que el señor Arthur tiene tanta prisa por marcharse es que no quiere que lo siga atormentado el fantasma sin cabeza de lord Maxwell, que lo despierta en plena noche aullando: «¿Qué haces en mi castillo?» —dijo Arsène para terminar, en un tono cómicamente enfático.

Sherlock se rio.

—Esa es sin duda una hipótesis que no hay que descartar, Arsène. Pero ¿por qué lord Maxwell no iba a tener cabeza?

—Así es como nos gustan los nobles en Francia, ¿no lo sabes? —bromeó Arsène.

—¡Chicos! —Los hice callar yo, si bien uniéndome a sus risas.

Entretanto, nos habíamos internado en la oscuridad silenciosa que reinaba a orillas del río Clyde y allí las luces del castillo estaban ocultas por los árboles. Nos detuvimos a contemplar el cielo estrellado y guardamos silencio un rato, cautivados por la nitidez de la noche. Un gran pez se deslizó a flor de agua con ruido de zambullida.

—Dejando aparte los fantasmas, hay algo que de verdad me llama la atención —prosiguió Sherlock—. Y es la relación entre el señor McSweeney y su sobrino. Se tratan con gentileza, pero entre ellos es palpable la tensión.

—Yo también me he percatado —afirmó Lupin—. Y me he preguntado si, detrás de esa fachada de sobrino amable y solícito, no se esconderá en realidad un avaricioso heredero que solo piensa en defender sus intereses.

Suspiré. No lo había pensado, pero no estaba en condiciones de excluirlo.

—En cambio, yo… —dije—, me pregunto otra cosa.

—¿Y qué es?

—Me gustaría saber qué piensa mi padre. Si nos ha traído hasta aquí porque, por alguna razón, acaricia de verdad la idea de comprar el castillo o si, como creo, quería simplemente volver a ver a su amigo.

—El señor McSweeney dice que quiere vendérselo a un precio de amigo —me recordó Arsène.

—Sí, pero mi padre me ha confesado que no está interesado ni mínimamente en una propiedad de esta clase —respondí.

En aquel momento, en la oscuridad de la noche, destelló intermitentemente una luz en mitad del río.

—¡Mirad! —señalé.

—Pescadores nocturnos —dijo Arsène—. Cuando todo está oscuro, los peces suben a la superficie atraídos por la luz y pican con más facilidad.

Sherlock, en cambio, se volvió hacia el sendero que acabábamos de recorrer.

—Se ha hecho tarde, ¿no creéis? —dijo.

Acepté de buen grado la idea de regresar más que nada porque, tan cerca del agua, hacía bastante frío.

Llegamos al castillo en pocos minutos. Algunas luces estaban ya apagadas, mientras que en las plantas superiores aún lucían otras.

Oliver estaba en el jardín, esperándonos.

—¿Habéis tenido un buen paseo? —nos preguntó.

—Sí, gracias.

—Los señores se han retirado a sus habitaciones.

—Creo que nosotros haremos lo mismo —respondí, reprimiendo un bostezo.

Sherlock se rezagó unos pasos y después, antes de entrar en el castillo, señaló la ventana cerrada más alta.

—¿Quién duerme allá arriba? —le preguntó a Oliver.

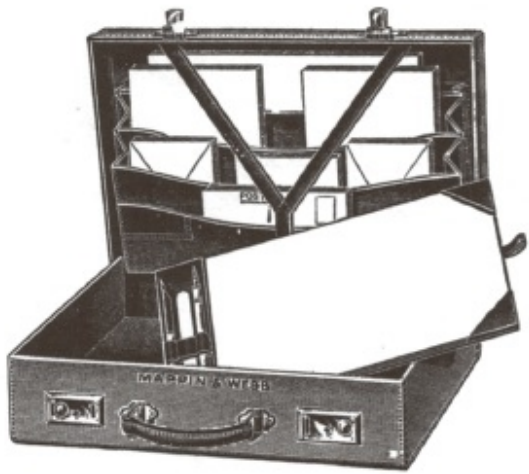
El hombre miró cuál de las ventanas señalaba mi amigo.

—Ah, debe de ser la habitación de mi tío Arthur. ¿Por qué?

—Por nada, simple curiosidad —contestó Sherlock. Y, dándole las buenas noches con un amago de inclinación, alargó el paso y entró en la casa.

Capítulo 8

EL TRÍO DE LA BUHARDILLA



No sabía qué sentirme más, si estúpida o asustada, por el hecho de sobresaltarme a cada mínimo ruido. Hundida en la gran cama de mi pequeño cuarto, escuchaba el castillo, aparentemente en calma, que me rodeaba. Estaba en tinieblas hasta el último recodo. Tenía miedo incluso de tumbarme de lado, dubitativa sobre qué considerar más inquietante, la ventana con parteluz que daba al río oscuro o la puerta que se abría a la todavía más oscura escalera.

Mi habitación era elegante y suntuosa: aparte del refinado mobiliario, había un enorme tapiz en la pared, que, al apagar las luces, me parecía una pura danza de sombras, y una mullida alfombra cubría el suelo. Podía oír roncar a Leopold a través de la puerta de la sala que comunicaba nuestras habitaciones, pero su respiración, en vez de tranquilizarme, me ponía más nerviosa aún.

—¡Confiesa, Irene Adler! —me dije entonces a media voz—. ¡Tú tienes miedo del fantasma!

Ahí estaba la explicación de toda mi angustia. Había bastado con que me quedara sola en mi cuarto para olvidar de repente toda lógica y todo sentido común. Y, más que las palabras de Sherlock,

volvían a mi mente las de Arsène: «El fantasma sin cabeza de lord Maxwell». Maldito él y malditas sus bromas. No podía pensar en otra cosa. ¿Era el fantasma el que había producido aquel crujido? Y lo que oía, ¿eran pasos en la escalera? ¿Los fantasmas caminan sobre los peldaños o simplemente flotan por encima de ellos?

Cuanto más miraba la puerta de mi habitación, más concreta se volvía la idea de que apareciera una figura luminiscente con la cabeza bajo el brazo y la boca de par en par.

—¡Valor, Irene, valor! —me dije resuelta.

Y después, con la misma resolución, decidí tomar mis medidas. Me deslicé fuera del lecho en camisón y puse los pies sobre la alfombra. Di un paso, luego otro, y me di cuenta de que las tablas de madera no crujían bajo mis pies. Así que fui hasta la puerta, la examiné y probé a abrirla. ¡Un golpe de suerte! Los goznes habían sido engrasados recientemente y no emitieron el menor chirrido. Desde el umbral veía el pasillo al que daban las demás habitaciones y la escalera que descendía. Pero también los escalones para subir a la buhardilla. Di unos pasos sin que nadie me oyera. En el pasillo, los ronquidos de mi padre eran aún más nítidos y ruidosos, parecían el sonido de un arma medieval. Reuní el poco de valor que me quedaba y subí los peldaños de dos en dos, y di gracias a que solo tuviera que superar el primer rellano para descubrir una rendija de luz parpadeante bajo una puerta y reconocer la voz de Arsène al otro lado. Me acerqué y llamé bajito para luego, más bajito aún, decir:

—¡Eh, soy yo!

En la habitación se hizo el silencio por un instante. Después hubo ruido de papel, de pies descalzos y:

—Contraseña —susurró Lupin.

—Uno para todos y todos para uno —contesté.

—¡Fallaste! No somos los tres mosqueteros.

—¡Abre si no quieres que nos oiga el señor Nelson! —lo apremié.

«Y antes de que el fantasma de lord Maxwell me agarre por los tobillos», me habría gustado añadir si no hubiese temido exponerme así a meses enteros de implacables tomaduras de pelo.

Clac.

La puerta se abrió y me arrojé dentro con más ímpetu del que

esperaba; terminé directa en los brazos de Arsène.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó él, aunque sin soltarme—. ¡Estás helada!

—Os echaba de menos. ¿Qué estabais haciendo?

Había hojas escritas desparramadas sobre las dos camas y Sherlock se apresuró a recogerlas. Luego me tendió una manta, yo me la eché sobre los hombros y me acurruqué en su cama.

—Estábamos contestando unas cartas…

—Estimada señora, lamento confesarle que mi corazón ya no os pertenece… —Leí en la primera que cayó en mis manos.

—No son nuestras —precisó enseguida mi amigo.

Sin embargo, reconocí la letra de Sherlock. Pedí que me pasaran una segunda carta, esa vez Arsène.

—Respecto al asunto de las doce cabras que le comentaba, estimado señor Flanagan…

—Esa sí que es buena —opinó Arsène, que se sentó a mi lado, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo—. Precisamente se la estaba leyendo a Sherlock. —Y, antes de que yo se lo pidiera, me explicó—: A cambio de unas libras, escribo cartas para terceros, personas que no saben leer o que, en todo caso, no saben escribir como les gustaría.

—Y yo le echo una mano —añadió Sherlock.

—Es estupendo con las cartas de amor —me confió Arsène—. Y, si se corre la voz, podríamos convertirlo en un trabajo propiamente dicho.

Miré a Sherlock, asombrada.

—¡Vaya, nadie lo habría imaginado!

—Si alguna vez debiera confesarte mi amor, Irene, le pediría a Sherlock que me ayudara —anunció Arsène.

—¿Si debieras? —le pregunté.

—¿Quién puede saberlo?

—¿Y tú le escribirías la carta?

—Por supuesto, pero la llenaría de faltas —contestó Sherlock con una risita en la que, de todos modos, estuve segura de adivinar una pizca de vergüenza.

No hablamos del motivo por el que yo había subido hasta allí, pues había sido suficiente esa pequeña charla para olvidarme del fantasma y de mis miedos. Leí con ellos otras cartas de encargo —

en voz baja, para que el señor Nelson no nos oyera— y luego, poco a poco, el sueño nos fue venciendo.

Embotados por el cansancio, y pese a que tanto Sherlock como Lupin insistieran en dormir en el suelo, acercamos las dos camas para formar una mayor y nos metimos en ella los tres, yo en medio con mis pies entre sus cabezas.

Sherlock fue el último en meterse bajo las mantas. Se quedó unos minutos acuclillado delante del ventanuco, bajo las vigas inclinadas del tejado.

Buscaba en las aguas oscuras del río una luz intermitente que había divisado poco antes y que en ese momento, no obstante, parecía haberse apagado definitivamente.

Capítulo 9

¡AL TRABAJO!

—¡A su habitación ahora mismo, señorita Adler! ¡Y sin rechistar! —me reprendió el señor Nelson a la mañana siguiente, cuando me sorprendió en la habitación de Holmes y Lupin.

De todas formas, no había ninguna rabia en sus modales severos. Se limitaba a cumplir con su deber. Y, a decir verdad, su brusca entrada en escena me permitió escabullirme hasta mi cuarto para vestirme antes de que mi padre se percatara de mi escapada nocturna. Cuando me lavé y vestí, salí de mi habitación y me encontré con Sherlock, que me estaba esperando. Bajamos juntos la escalera y, un momento antes de acercarnos a la mesa del desayuno, mi amigo me llevó aparte y me propuso algo.

—¿Estás seguro? —le pregunté—. ¿Lo sabe Arsène?

Él asintió.

—Podría ser importante.

—Podría, sí —reconocí, un poco a mi pesar—. Yo me encargo.

Nos sentamos a la mesa en la que habíamos cenado la tarde anterior y enseguida una criada nos sirvió huevos, salmón ahumado y té negro.

—¡Bien, Leopold! —Fueron las primeras palabras de McSweeney, que parecía fortalecido por la noche de sueño—. ¡Come deprisa, porque ha llegado el momento de recorrer completo el castillo, habitación por habitación, para enseñarte esta maravilla!

Mi padre lo estaba deseando y asintió mientras untaba

mantequilla cuidadosamente en una rebanada de pan tostado.

—Mientras que vosotros, chicos…, supongo que estáis listos para véroslas con el Clyde, ¿verdad? —siguió diciendo McSweeney, señalando el río por la ventana—. Mi querido Oliver, ¿serías tan amable de acompañar a nuestros jóvenes deportistas al embarcadero en cuanto hayáis acabado?

El hombre respondió con una especie de gruñido y casi golpeó el borde del plato con el cuchillo de la mantequilla. Parecía de verdadero mal humor, como si no hubiese pegado ojo o hubiese tenido una discusión con el señor McSweeney, de la cual, a juzgar por sus respectivos estados de ánimo, había salido derrotado.

—Escucha, papá… —intervine en ese momento—. A Sherlock le gustaría pedirte una cosa.

—¿De qué se trata, muchacho?

—¿Le molestaría que los acompañara en la visita al castillo? —preguntó mi amigo, poniendo en práctica la pequeña estratagema que me había adelantado poco antes. Luego mintió con una expresión plenamente convincente—: Últimamente siento cierto interés por la arquitectura y este edificio me parece realmente destacable, señor McSweeney.

Mi padre me miró. Por mis esporádicas confidencias, conocía la extraordinaria inteligencia de Sherlock y debió de pensar que un par de ojos jóvenes y un cerebro agudo no podían, ciertamente, serle perjudiciales en su inspección.

—Me parece una idea excelente, jovencito —accedió, por tanto —. Siempre que Arthur esté de acuerdo en llevar con nosotros a un joven arquitecto en ciernes con pasión por los enigmas…

El dueño de la casa se echó a reír.

—¡Si el chico tiene de verdad buen gusto, te aconsejará que compres esta choza hoy mismo! —comentó—. Decidido, pues. Leopold, que el señor Holmes y el señor Nelson vengan con nosotros afuera. La señorita Irene y el señor Lupin, por su parte, pueden seguir a mi querido sobrino Oliver, teniendo cuidado, no obstante, de no ponerlo nervioso, porque me parece que hoy su humor es más bien pésimo.

—¡Arthur! —soltó entonces Oliver, como si se le hubiera agotado la paciencia.

—¿Qué les decía? —preguntó el señor McSweeney, arrojando su

servilleta a la mesa—. ¡Por aquí, señores! Como se dice en Escocia, cuando sale el sol, dura poco. Así que… empecemos ya nuestra visita si queremos disfrutar de esta bonita luz.
Nosotros nos quedamos en compañía de Oliver, en un silencio irreal solo interrumpido por un leve tintineo de cuchillos y tenedores.

—Entonces, creo que iré a prepararme para el entrenamiento —anuncié para romper la tensión.

—Te esperamos aquí —me dijo Arsène. Y luego, cuando ya me había alejado, añadió—: Si prefiere acompañar a su tío en la visita al castillo, señor Oliver, no deje de hacerlo por nosotros. El embarcadero estará, es de imaginar, en el río. Y el río, si la vista no me engaña, está allá abajo. ¡No tengo ninguna duda de que es una hazaña a nuestro alcance!

No podía volverme para verle la cara al señor Oliver, así que me limité a encogerme de hombros y reírme para mis adentros.

El Clyde discurría lenta y perezosamente entre suaves pendientes herbosas y pequeños bosques. La corriente era débil y el fondo, bajo. Habíamos decidido descender por ella en dirección a Port Glasgow, con Arsène remando sentado detrás de mí.

—¡Treinta a uno a que, antes de que acabe el día, Sherlock habrá descubierto qué intríngulis oculta este bendito castillo! —exclamó poco después de que dejáramos atrás Newark—. Y a lo mejor también una cura para la mujer.

—No puedo aceptar su apuesta, *monsieur* Lupin, ¡porque mis previsiones coinciden exactamente con las suyas! —bromeé.

La atmósfera del castillo y la impresión de que había un inocuo misterio que desvelar estaban haciendo bastante divertido aquel viaje. Y, en todo caso, era una espléndida ocasión para visitar un lugar al que, de otro modo, difícilmente habríamos ido juntos. El paisaje que discurría ante nosotros, entre bajas colinas, prados, bosques ralos y grandes pedriscos, me trasladaba, sin tener que forzar la imaginación, a antiguas leyendas de clanes y caballeros, de contrabandistas y piratas, sobre los que había leído en algunos libros que me había prestado el señor Nelson. Llegamos así a la altura de Port Glasgow, con su dársena de veleros y sus casas frente al agua. Teníamos pensado sobrepasarlo y alcanzar el puertecito más alejado —Greenock, me parecía que se llamaba—, donde tenía lugar el mercado de pescado. Pero, en cuanto llegamos a la primera

de las dos poblaciones, nos atrajo un aroma irresistible a salchichas a la brasa y decidimos acortar nuestra primera excursión. Habíamos remado con ahínco y durante un largo trecho, y eso había bastado para despertar nuestro apetito juvenil. Atracamos, sacamos a la orilla nuestra pequeña embarcación y, guiados por aquel aroma, fuimos al *pub* del puerto, el
King's
Head.

La efigie de la cabeza del rey ondeaba en la enseña, como en todos los viejos *pubs*, para quien no sabía leer, pero al verla Arsène se acordó del fantasma y exclamó:

—¡Ahí está la cabeza de lord Maxwell!

Le di un codazo, al que reaccionó con una carcajada infantil y desenfrenada, de esas que no le oía desde hacía mucho tiempo, por lo menos desde que se había trasladado a Londres para vivir solo y se negaba a responder cualquier pregunta que concerniera a su padre.

El King's Head tenía muchas mesuchas de madera fuera, delante mismo del puerto. Las gaviotas volaban en amplios círculos estridentes por encima de nosotros y de las pequeñas embarcaciones.

Nos sentamos en el primer banco libre y compartimos mesa con unos marineros. A nuestro lado, un viejo borrachín canturreaba para sí, melancólico.

Pedimos que nos trajeran dos pintas de sidra y un plato de salchichas bien braseadas, que aún quemaban en los dedos, y estuvimos una hora larga charlando con los marineros, que no paraban de quejarse, aunque en sus refunfuños se intercalaban bromas y carcajadas. Nos enteramos de que la pesca iba bien por aquella parte. Las importaciones, un poco menos, porque cada vez más barcos remontaban el Clyde hasta la ciudad, pasando de largo el viejo puerto de Port Glasgow. Cuando Arsène les preguntó si conocían a los McSweeney, de Newark, los marineros se pusieron alerta, pero sin perder su humor alegre.

—¡Son buenas personas esos! ¡Buenas de verdad! —nos respondieron.

Y luego se lanzaron a contar una serie de detalles, gracias a los cuales supimos que los McSweeney eran de Glasgow desde hacía

generaciones, gente conocida y sin pájaros en la cabeza. También la mujer del señor Arthur era una escocesa de pura cepa. Aquello me sorprendió agradablemente, porque hasta ese momento me la había imaginado pequeña y grácil como Geneviève, con esa fragilidad de princesa que tanto les gustaba a los hombres de índole protectora.

Lo que había sucedido en los últimos años, dijeron los marineros, era que habían llegado a la zona cada vez más yates deportivos procedentes de toda Europa. Se trataba, en su mayoría, de ricachones en busca de aventuras, atraídos por la idea de navegar con sus barcos por los ásperos mares del norte.

—Gente de ciudad… —habían añadido, mordaces—. ¡A la que luego hay que ir a rescatar cuando encallan en los arrecifes!

Fue un placer, para Arsène y para mí, que aquellos lobos de mar no nos hubieran encasillado en la misma categoría de personas pese al acento francés de Lupin. Tal vez fuera por cómo comíamos —con las manos, vorazmente— o por la franqueza con que respondíamos a sus preguntas.

Fue un almuerzo agradable, sin duda menos rígido que el que habríamos tenido en el castillo. Pero el pensar en Sherlock y mi padre entre aquellos tétricos muros me hizo desear volver.

No nos había dado tiempo a levantarnos del banco cuando uno de los marineros soltó:

—¡Por ahí viene otro!

Señaló un esbelto cuter que estaba atracando en el muelle. Se veía a kilómetros que era un barco nuevo, recién botado al agua y pintado con un centelleante barniz azul para destacar. El hombre que lo capitaneaba, aparentemente solo, vociferaba órdenes en un inglés que me sonaba raro incluso a la distancia desde la que observábamos. Era un hombre alto y rubio, tan enérgico como fuerte y vibrante era su voz. Y, puesto que estaba amarrando junto al lugar en que habíamos dejado nuestra canoa, tuvimos oportunidad de cruzarnos con él. Y de comprender en el acto el motivo por el que los marineros alimentaban tantas sospechas sobre aquella clase de viajeros.

—¡Chicos! —nos interpeló el desconocido, ocupado en manipular gruesas sogas. Con una sonrisa burlona, nos preguntó—: ¿Queréis ganaros unas monedas?

Exactamente la forma de abordarlo que Arsène prefería: la del

fanfarrón que cree sabérselas todas.

—¡Y quién no querría ganárselas! —le respondió, como era previsible—. ¡Pero depende de qué haya que hacer!

—¡Coge esos cabos y ayúdame a atar a la pobre *Lorelei* a esa ruina de muelle! —rugió el extranjero desde la proa de su espléndida embarcación.

Ahí estaba la nota extraña que me había chocado en su inglés: su evidente acento alemán.

Y *Lorelei*, si no recordaba mal, era el nombre de una sirena que vivía en las aguas del Rin.

Arsène, entre tanto, hizo lo que le pedía y, con dos hábiles movimientos, pasó las sogas por los amarraderos para fijarlas luego con un nudo de marinero ducho.

—¡Buen trabajo, chaval! —lo felicitó el dueño del cuter. Comprobó un par de nudos en cubierta, después se deslizó entre las sogas y saltó a tierra con gesto imperioso.

—Aquí tienes un chelín —dijo, tirándole una moneda a Lupin.

—¿No se había hablado de monedas, en plural, señor? —replicó Arsène, contrariado.

—Tendrás otra si me indicas el mejor lugar para alojarme esta noche.

—Yo creo que es su barco —contesté en un impulso.

—Una joven lobezna de mar, ¿eh? —se dirigió a mí el alemán, porque ya estaba segura de que lo era—. ¡Con ese pelo rojo, no hay ni que preguntarlo! ¡Escocesa hasta la médula! Pero ¿qué hace una auténtica escocesa en compañía de un italiano?

—Me temo que debo decepcionarlo por partida doble —dije divertida, porque, después de todo, aquel tipo me resultó simpático —. Yo no soy escocesa y este amigo mío no es italiano.

—Pero, muchacho, ¿solo eres amigo suyo? ¡Esfuérzate si no quieres dejar escapar una belleza así! ¡Baumann, para serviros! —dijo, estrechándole la mano a Lupin.

—Arsène —se presentó mi amigo.

—Irene —añadí yo.

Él me hizo un perfecto besamanos.

—Princesa…

Yo me sonrojé, confundida. El gesto y el tono de la voz de aquel hombre me parecieron demasiado formales, de hecho, para lo que a

todas luces era solo una broma. Retiré la mano rápidamente.

Baumann me miró, muy serio, durante una fracción de tiempo tan breve que me pregunté si no me lo habría imaginado; pero entonces recobró su actitud de viejo fanfarrón.

—Y bien, ¿ese alojamiento? *Lorelei* y yo somos dos amantes perfectos, pero, después de una semana durmiendo con el balanceo del agua, lo que me hace falta es un poco de tierra firme. Y un baño como es debido.

—Entonces conviene que preguntéis en el King's Head —contestó Arsène—. Porque nosotros no sabríamos realmente adónde mandarlo.

—Pero ¿cómo, es que no sois del lugar?

—Venimos de Londres, señor Baumann. Estamos visitando a un amigo —respondí yo.

—¿Y os alojáis en su casa?

Supo nuestra respuesta antes de que se la diéramos.

—¡Ah, qué mala pata! Y apuesto a que vuestro amigo no tiene una posada y tampoco la intención de dar cobijo a un rico viajero bohemio, ni siquiera pagando.

—Me temo que no —contesté.

—Pero podría pedírselo usted —añadió Arsène—. Y depende de qué quiera decir con «pagando».

—Quiero decir cualquier cantidad con tal de tener un techo decente encima de mi cabeza y no el de una sórdida ratonera —dijo Baumann.

—Entonces quizá podamos revelarle un secreto… —murmuró Arsène. Buscó mi aprobación con los ojos y yo no hice nada para disuadirlo—. Nuestro amigo, que no es exactamente un amigo nuestro, sino un amigo del padre de la señorita Irene aquí presente…

—Ah… del padre de la señorita Irene —le hizo eco Baumann.

—Así es. Su amigo, decía, es dueño del castillo de Newark. Y acaba de ponerlo en venta.

—¿Bromeáis? —exclamó Baumann—. ¡Este sí que es mi día de suerte! ¿Un castillo en venta? ¡Hace meses que me ronda por la cabeza la idea de adquirir una propiedad en tierras escocesas! ¿Y dónde se encuentra el lugar ese, Newark?

—A unos kilómetros río arriba, en esta misma orilla —respondí,

mientras me decía a mí misma que no había nada malo en poner a aquel tipo al corriente de un negocio en el que Leopold no estaba interesado.

La extraña impresión que había tenido cuando me había besado la mano, de todos modos, no me abandonaba. Todo me había parecido vagamente teatral, de una teatralidad torpe. Como si estuviésemos tomando parte en una puesta en escena en la que también intervenía aquel Baumann, quien de hecho no me pareció muy sorprendido de la existencia del castillo. Ni tampoco de que estuviera en venta.

Al escuchar aquellos pensamientos que atravesaban mi cabeza, tuve la impresión de oír hablar a mi amigo Holmes.

¿Acaso a fuerza de estar con él me estaba contagiando y ahora veía engaños y misterios dondequiera que pusiera los ojos?

La idea me arrancó una sonrisa y decidí que era mejor concentrarme en el ritmo de la boga.

Capítulo 10

UN CASTILLO (NO) EN VENTA

—¡Irene!

—¡Papá!

Nos estrechamos y nos quedamos abrazados.

—Bueno, ¿qué tal la visita? ¿Lo compramos? —le pregunté, imitando la voz petulante de una niña mimada.

Leopold sonrió.

—¡Te confieso que una parte de mí está casi tentada! —exclamó —. Es un castillo magnífico. Tan solemne y antiguo, pero también tan acogedor gracias a los cuidados del viejo Arthur. Y el sótano… ¡ahí abajo hay espacio para guardar todos los vinos de Europa! Por no hablar de las torres. La vista desde lo alto es encantadora. Ah, y debes darle las gracias a tu amigo, me ha sido utilísimo. Ha tomado un montón de notas, se ha informado de cada cuadro y cada retrato con que nos hemos topado en nuestra visita… Creo que debería contratarlo como asesor personal.

Yo me eché a reír.

—Puedes intentarlo, pero me temo que rechazaría la propuesta.

—Luego lo miré y añadí—: ¿Y entonces? ¿Qué piensas hacer?

Leopold abrió los brazos.

—Es muy raro… La verdad es que no estoy del todo convencido, y tampoco lo está tu amigo, de que McSweeney tenga intención realmente de venderlo.

—¡Pero si te ha hecho venir aquí a propósito!

—Lo sé, pero… ¿cómo no darle la razón, por lo demás? Basta con ver cómo habla de las habitaciones, del mobiliario y de los cuadros que hay colgados para comprender que le costaría un esfuerzo enorme separarse de ellos.

—¡Si es como dices, también Oliver estará contento! Recibirá en herencia esta maravilla —aventuré.

—Supongo que estás en lo cierto… —asintió mi padre—. Pero parece que esos dos son incapaces de llevarse bien. ¡Hoy ha sido un rifirrafe todo el tiempo! Creo que, si no hubiésemos estado Horace, el joven Holmes y yo, quizá hubieran llegado a las manos.

—¿Tan grave ha sido?

—Hum… me temo que sí —admitió mi padre.

—¿Y por qué, según tú?

Leopold abrió de nuevo los brazos.

—Puede que Oliver, siendo el heredero natural de Arthur, como dices, haya empezado a inmiscuirse un poco demasiado en los negocios de su tío…

—Y su tío se ha hartado —concluí.

Mi padre me miró con cara de cierto cansancio.

—Tal vez… pero quién sabe… Entre parientes, estos asuntos son siempre muy delicados. Y tengo la impresión de que me han metido en todo esto a la fuerza, y a mi pesar.

Asentí, empezando a vislumbrar las líneas de una posible explicación.

—Quizá tu amigo quiere demostrarle a su sobrino que es él quien lleva aún las riendas. E invitarte aquí ha sido una manera de darle a entender que puede vender este castillo cuando le venga en gana.

—Algo así, supongo. En todo caso, Arthur debe pensar ahora en qué es lo mejor para la pobre Evelyn. Su sobrino tendría que entenderlo… —observó mi padre con aire triste—. Sea como sea, espero que de todo este enredo resulten al menos unas buenas

vacaciones para ti, cielo.

—Sí, papá, son unas espléndidas vacaciones —lo tranquilicé para aliviarlo de la preocupación por haber hecho algo equivocado —. Y las necesitábamos. Por no hablar de que nunca antes había dormido en un verdadero castillo. Así que, de todas formas, ha valido la pena.

—Me alegro. En cuanto a lo demás… solo quisiera que Arthur me hablara claro. Pero no sé si puede hacerlo.

—Podríamos encontrar algo que desviara la atención de Oliver y librarnos de él por unas horas —le sugerí.

Mi padre me miró, chocado por tanta franqueza.

—No sería propio de caballeros —murmuró.

—Tampoco lo es asediar a un tío con la mujer enferma —le recordé.

—Eso es totalmente cierto —admitió él.

En ese instante oímos un gran jaleo abajo y, asomándonos a mirar por la gran ventana de la habitación de mi padre, vimos precisamente a Oliver yendo al encuentro de un hombre que acababa de bajar de un carruaje.

—¡Pero mira quién es! —exclamé al reconocer el cabello rubio del recién llegado—. ¡Lo sabía!

—¿Hay algo que deba saber yo también? —quiso informarse mi padre—. ¿Quién es ese lechuguino?

Capítulo 11

UN HUÉSPED EQUÍVOCO

Así pues, me dije mientras me cambiaba a toda prisa, aquel Baumann no había perdido el tiempo y había corrido, literalmente, al castillo.

¿Sería posible que fuera de verdad uno de aquellos excéntricos nobles de opereta que pueden decidir comprarse un castillo así, casi por capricho? Fuera cual fuese la respuesta, la entrada en escena de aquel excéntrico navegante solitario hacía todavía más interesantes nuestras cortas vacaciones.

Cuando no me quedó ni una prenda encima, tirité de frío y vertí agua hirviendo en la tina de cobre, disminuyendo luego la temperatura con jarras de agua fría hasta que pude meter la punta del pie. No tenía tiempo para asearme a conciencia, así que me limité a hacerlo de la misma manera en que estoy escribiendo, tantos años más tarde, estas memorias. Me enjaboné y lavé velozmente, parando de vez en cuando para escuchar los ruidos del castillo que llegaban de la escalera. Me parecía oír el vozarrón del señor Baumann y me preguntaba si también Arsène lo habría oído.

Salté de la tina y me sequé rápida y furiosamente, me agaché para buscar en el equipaje que había metido en el baúl un vestido que fuese decente pero no remilgado y, cuando localicé uno, lo tiré sobre la cama, donde aterrizó con un… estornudo.

Me paralicé a mitad del siguiente movimiento, preguntándome si había oído bien. Me parecía que sí, que había sido un estornudo, fuerte y claro, en mi dormitorio.

—Eh —exclamé con un estremecimiento improviso y la piel de gallina. ¿Habría sido el famoso fantasma? «Tonterías, Irene, los fantasmas no existen», me dije.

Pero los estornudos, sí. Y también la mano que asomaba desde detrás del tapiz.

En cuanto la vi —¡una mano, sí, una mano!— por poco no grité. Retrocedí un paso. Después otro.

Y un momento antes de que yo abriera la puerta a mi espalda y me precipitara escalera abajo, Sherlock Holmes apareció en mi habitación.

—Perdona —me dijo simplemente.

La tensión bajó por mis piernas como una cascada y me quedé allí, embobada, mirando a mi amigo mientras recolocaba el tapiz colgado de la pared. ¿Por qué estaba escondido allí detrás? ¿Y desde cuándo?

Observé con horror la tina, los vestidos por el suelo y la ropa interior hecha un ovillo en el rincón al que la había chutado.

—Disculpa, Sherlock —dije con aquel tono de voz, de ofendida, que mi madre ponía a la perfección—, pero ¿se puede saber qué hacías escondido detrás del tapiz?

Él lo miró como si lo viera por primera vez. Y de hecho era así. Luego me miró a mí con absoluta normalidad, como si no estuviera completamente desnuda salvo por la toalla que me había ceñido como una armadura.

—No estaba escondido detrás del tapiz —me dijo.

—Y entonces, ¿cómo es que sales de ahí?

—He llegado hasta ahí.

Miró a su alrededor y solo en ese momento se dio cuenta de lo que pasaba, o bien improvisó una de sus actuaciones de libro fingiendo que no se había percatado antes.

—¡Oh, santo cielo! —exclamó.

—Me has quitado las palabras de la boca —comenté yo.

—Mira, yo acabo de llegar —se defendió Sherlock.

—¿Y crees que puedes irte o he de ponerme a chillar?

Sherlock se volvió y me dio la espalda, y me ordenó como si fuera problema mío:

—Vístete, por favor.

—Y tú no te vuelvas.

Me acerqué a la cama, indecisa. No habría sabido decir cuál de los dos estaba más abochornado. Con certeza lo estábamos ambos, y no podía ni imaginar cuánto lo habríamos estado si el señor Nelson hubiera elegido precisamente aquel momento para llamar a la puerta.

Me puse la ropa interior y parte del vestido en una frenética danza de lazos y cintas, luego le di permiso para darse la vuelta.

—¿Y bien? ¿Te importaría explicármelo?

—Es muy sencillo, en realidad —respondió él—. Hoy, en la visita al castillo, me he dado cuenta de que algo no cuadraba y he hecho mis pesquisas…

—Sigue.

—El castillo me parecía más grande por fuera que por dentro. Y llevaba razón. Incluso midiéndolo a pasos, y por tanto con un notable grado de imprecisión, siempre me faltaban un par de metros por lo menos.

—¿Y los has encontrado?

—En cierto sentido, sí —dijo. Levantó un pico del tapiz y me enseñó lo que, en la penumbra, me pareció el tiro de una vieja chimenea—. He encontrado una escalera de caracol que sube por un intersticio entre los muros hasta llegar allí.

—Es decir, hasta aquí.

—Es decir, hasta aquí —se corrigió Sherlock.

—El clásico pasadizo secreto…

—No exactamente —precisó él. En ese momento me miraba de soslayo, con los ojos brillándole a los lados de la nariz puntiaguda —. ¿Te ayudo con los lazos?

Me di la vuelta.

—Sí, gracias.

Lo dejé que trajinara con los nudos un rato antes de seguir hablando:

—¿Y por qué dices que no es el clásico pasadizo secreto? Después de todo, conduce a la habitación de una doncella…

Y tal vez fuera la explicación de por qué en mi dormitorio hacía tanto frío y se oían tantos ruidos.

Sherlock hizo que me volviera hacia él.

—Mírame —dijo.

Lo miré.

—Te veo —dije yo.

—Mírame mejor.

Veía a un chico alto y delgado, de cuerpo enjuto y con la mirada más inteligente que había visto en mi vida. Un chico que me inspiraba sentimientos profundos y opuestos, que a veces era tan franco como un niño y otras remoto e inalcanzable como un eremita, y que sentía por mí lo mismo que yo por él, aunque considerara esos sentimientos demasiado aterradores e inciertos para querer explorarlos a fondo con su lógica infalible.

—No —le contesté.

Entonces él, sin apartar sus ojos de los míos, se sacudió la ropa, los hombros y el pelo, y me enseño las yemas de los dedos, inmaculadas.

—No hay polvo —me dijo.

Yo asentí, despacio.

—Mientras que debería haber muchísimo en un pasadizo secreto si no se usa habitualmente.

—¡Acertaste! —dijo Sherlock, mirándome fijamente a los ojos—. Si no se usa habitualmente.

Capítulo 12

UNA INVITACIÓN A CENAR

El señor Baumann se levantó del sillón de un salto al verme entrar.

—¡Señorita! ¡Como ve, he seguido sus indicaciones!

Le devolví el saludo, bastante avergonzada ante la idea de que los demás pudieran suponer que había sido yo quien lo había invitado. Pero el señor Baumann me sacó inmediatamente del apuro contando, creo que por tercera vez en pocos minutos, las circunstancias en que nos habíamos conocido en Port Glasgow. Noté que se había presentado con atuendo elegante y había dejado sobre el brazo del sillón una capa con un broche dorado que llevaba la inicial de su apellido.

—Encantado. Sherlock Holmes —se presentó entre tanto mi amigo, que había bajado conmigo sin que nadie se percatara de qué habitación había salido.

Alertada por la leve tensión que notaba en el ambiente, estudié la disposición del salón. El señor McSweeney estaba en un sillón, su sillón, y tenía una expresión claramente enojada. Oliver estaba de pie delante de la ventana que daba al parque. Mi padre compartía el sofá con Arsène, mientras que el señor Nelson, que en aquellos días reforzaba la servidumbre de la casa, era poco más que una mancha oscura contra la pared tapizada.

Todos los hombres hicieron el gesto de cederme su asiento, pero yo elegí el que había dejado libre Oliver.

—Así pues, ¿ha encontrado alojamiento para esta noche? —le

pregunté cortésmente a Baumann.

—¡Claro que sí! Y, como le estaba diciendo a su amigo… ¡he terminado por seguir su consejo!

—¿Va a dormir en el *Lorelei*?

—Siempre será mejor que las habitaciones del King's Head —dijo riéndose Baumann—. ¡Antes que dormir en una de sus camas, dejaría que a mí también me cortaran la cabeza!

La broma surtió el efecto deseado y mi padre se rio, divertido.

Todos esperaron a que yo me sentara y reanudaron la conversación.

—Como le decía, señor Arthur… Puedo llamarle Arthur, ¿verdad? Está claro que no es mi intención deshacer nada que esté ya decidido, ni hacer un desaire a su amigo, pero me gustaría ser considerado una alternativa válida. No es este el momento de hablar de ciertos temas, me resulta evidente, pero no hay nada malo en querer hacerles saber a todos mis pretensiones, porque así es como me gusta tratar de negocios, a cara descubierta. Si el castillo de Newark está en venta, y la venta se dirige al mejor postor, quisiera al menos, con el permiso del señor Adler, tener la posibilidad de hacer una oferta.

—Mi tío ya le ha dicho… —murmuró Oliver desde su lugar en la ventana.

—Ah, ah —lo interrumpió Baumann—. Todo lo que su tío ha dicho, jovencito, en realidad se lo he oído decir a usted. Me gustaría poder mantener esta conversación directamente con el señor Arthur, al menos ni que sea solo una vez.

—Su comportamiento, señor, es totalmente desconcertante —replicó Oliver.

—¡No más que el suyo, vaya! No más que el suyo. Dígame, ¿acaso es originario del valle del Mosela?

Al oír aquellas palabras, Oliver se volvió de sopetón.

—¿A qué viene eso?

—A nada, a nada… —murmuró Baumann—. Simplemente sentía curiosidad por saber si es usted tan escocés como yo, que nací en Hamburgo.

—Ojalá su sentido del humor estuviera a la altura de su arrogancia —masculló Oliver.

—¡Oh, espléndida ciudad! —dijo mi padre.

—Dice bien, señor Adler.

—No es lo que se dice una típica ciudad de lobos de mar… —observó en ese punto el señor McSweeney.

—Cierto, pero ¿qué puedo hacerle? A fin de cuentas, ¡tres cuartas partes de los conquistadores españoles eran de Extremadura! —dijo Baumann entre risas—. Además, debo confesarles que no soy un verdadero lobo de mar. Me gusta navegar a vela, tengo una bonita embarcación, pero no me gusta viajar demasiado tiempo en solitario. Tengo miedo, no obstante, de que estos detalles no sean nada apasionantes.

—Todo puede serlo —respondió McSweeney, imperturbable—. Depende del interés de quien escuche.

—Temo, de hecho, que ya haya agotado el suyo —comentó Baumann.

—Nada de eso, señor Baumann —respondió McSweeney—. Es más, si tiene la amabilidad de cenar con nosotros…

En el momento de la invitación, me di cuenta de que Oliver apretaba los puños, pero se esforzó por mantener una expresión de cortesía.

—Es usted demasiado gentil, señor McSweeney. Y no quisiera aprovecharme de su hospitalidad.

—Permítame que insista.

—Entonces permítame a mí que acepte.

El señor Nelson, que había asistido apartado a nuestra conversación, se alejó para ir a advertir a sus compañeros de la necesidad de poner otro cubierto en la mesa.

Y nosotros, en el salón, seguimos conversando. Baumann no se mostró misterioso respecto a su vida: estaba casado con una mujer de Bruselas, ciudad que no le gustaba, y tenía tres hijos, todos varones. Aprovechó para hacerles algunas preguntas a Sherlock y a Lupin e indagar si a todos los chicos de su edad les interesaban las mismas cosas que a sus hijos, y las respuestas de mis amigos parecieron reconfortarlo.

—Estaba convencido de que eran los únicos adolescentes que sentían una pasión desenfrenada por el pugilato y las pistolas. En qué mundo los estamos criando, ¿eh, señor Adler?

Mi padre esbozó una respuesta y después la conversación pasó a otros temas. McSweeney, un poco más relajado, habló del castillo y

de que su mujer y él lo habían restaurado para devolverle su antiguo esplendor. Nuestra charla prosiguió en la mesa, y de un modo distendido, al menos hasta que el señor Baumann le preguntó a Oliver si estaba casado y tenía hijos.

—¡Qué impertinencia! —soltó entonces el sobrino del señor McSweeney—. ¿Desde cuándo mi situación sentimental es tema de conversación?

—No quería ofenderlo —quitó importancia Baumann a su pregunta—. Tan solo intentaba conversar.

Sin embargo, era evidente que Oliver se contenía. Y cuanta menos intención de irse mostraba el señor Baumann, más aumentaba su impaciencia. Lo que el invitado inesperado había exacerbado aquella noche eran las tensiones entre tío y sobrino. Y aquello que no estaba claro en el asunto del castillo.

De un modo u otro, la cena pasó, pero, cuando nos disponíamos a dar nuestro paseo, descubrimos que había empezado a llover; una lluvia intensa y silenciosa de la que no nos habíamos dado cuenta en el interior. La idea de salir con toda aquella humedad después de un día transcurrido en el río no me animaba nada, por lo que pedimos permiso para retirarnos a nuestras habitaciones.

Nos despedimos, pues, de los adultos —con un besamanos más de Baumann— y subimos al piso superior.

—¡Qué tipo más creído! —soltó Arsène en cuanto estuvo seguro de que no nos oían—. Pero simpático en el fondo.

—Sí, al menos ha hecho soportable la cena —estuve de acuerdo.

Sherlock tenía las manos cruzadas a la espalda, como le gustaba hacer cuando estaba absorto en sus pensamientos.

Al llegar a la planta noble, delante de mi cuarto nos cruzamos con el señor Nelson, que parecía moverse entre las habitaciones del castillo como si interpretara al fantasma de lord Maxwell. Aquella siniestra visión me recordó de pronto la inquietud que me había torturado en mi primera noche en el castillo, en la soledad de mi dormitorio. En ese momento, además, cuando ya conocía la existencia del pasadizo secreto, no tenía el menor deseo de dormir allí. Y la solución más práctica, con mucho, me pareció la de repetir mi pequeña incursión de la noche anterior. Sherlock le había hablado al señor Nelson del pasadizo secreto y le había rogado que no le dijera nada a mi padre para no comprometer el resultado de

nuestras pesquisas sobre el castillo. Fuera lo que fuese lo que le había dicho, debió de ser increíblemente convincente, porque no solo persuadió a Horace de faltar a su deber con vistas a un objetivo más importante, sino que nuestro buen mayordomo se ocupó incluso de prepararme un catre en la buhardilla en que dormían Sherlock y Arsène, sabiendo que en su compañía estaría segura. Y yo le estuve inmensamente agradecida.

Capítulo 13

DE VUELTA EN LA BUHARDILLA

Nos encontramos otra vez juntos, pues. La lluvia batía suavemente en el tejado, con un sonido tenue y delicado que hacía nuestras confidencias aún más misteriosas. Me parecía que hacía más frío que la noche anterior —quizá porque, con la llegada de Baumann y la confusión que había provocado, la servidumbre no había encendido las chimeneas— y me había guarecido bajo la manta de lana como si fuese invierno. Arsène me miraba desde el otro lado de la luz encendida y sus ojos me parecían tan enormes como los de un búho. Sherlock, por su parte, se había puesto una bata demasiado grande para él —que también, como su traje color crema, debía de haber pertenecido a su hermano— y estaba de pie delante del ventanuco, un tanto ansioso, en busca de quién sabía qué.

—Y bien, *mister* Holmes —empezó a decir Arsène cuando estuvimos acomodados—, ¿nos va a dejar en ascuas aún más tiempo o desea contarnos lo que ha descubierto hoy en el castillo?

—No es mucho, en realidad —contestó Sherlock sin apartar la mirada de la ventana—. Aparte del pasadizo secreto del sótano.

—Lo de costumbre, en resumen… —concordó Arsène—. Un par

de pasadizos secretos y una cámara del tesoro…

Me reí mientras Sherlock, ocupado como estaba en mirar afuera, se limitaba a fruncir los labios.

—Un tesoro sería conveniente —dijo luego—. Entre otras cosas porque explicaría por fin el asunto del heredero…

—¿Qué asunto del heredero? —le pregunté.

—Es la otra cosa que no me resulta del todo clara —contestó Sherlock—. Y una de las razones es que esta noche no hay señales que me puedan ayudar. A causa de la lluvia probablemente.

—Esta noche hablas en enigmas, amigo mío… —comentó Arsène.

Sherlock abandonó su puesto de vigía y se tumbó en la cama.

—¿Qué sabes tú, Arsène, del código naval de señales?

Arsène se rascó la cabeza, pensativo.

—Sé cómo se comunican entre barcos con banderas…

—¿Y de noche? —añadió Sherlock.

—Con luces —respondió Arsène.

—Es decir, con el código morse —dijo Sherlock, que sacó del bolsillo de la bata un cuadernito.

En él había anotado una serie de puntos y rayas:

.– – .–... – /...–. – – – .–. / –.... /... – – – .–...– –..
– – – –. / – – –...–. / –... . /... ... .–. / – – .– – – ...–.

—¿Qué significa? —pregunté.

—*Wait for the solution of the heir matter*, «espero la solución del asunto del heredero» —descifró Arsène—. ¿Y dónde lo has encontrado?

—¿Recordáis las luces que vimos anoche en el río, durante nuestro paseo? —nos preguntó Sherlock.

—¿Las de los pescadores?

—Las que pensamos que eran de pescadores, sí —nos corrigió Sherlock—. Desde el principio me parecieron demasiado visibles, y demasiado cercanas a la otra orilla para ser las de un barco en medio del río. Tomé nota mentalmente del ritmo mientras regresábamos y, cuando llegamos a Newark, me di cuenta de que desde el tejado y desde el lado más oriental del castillo todavía se veían. Repitieron varias veces el mensaje.

—¿Estás diciendo que había alguien comunicándose con Newark

desde el río? —le pregunté, admirada.

—Es seguro que había alguien en el río esperando algo al transmitir ese mensaje. Pero esta noche, como decía, no se ven luces…

—Pero…, según vosotros, ¿quién transmitía el mensaje? —pregunté.

—La pregunta es también: ¿a quién se lo estaba transmitiendo? —murmuró Arsène.

—Acerca de esto, yo tengo algunas suposiciones —nos aseguró Sherlock inmediatamente.

—¡Dispara, entonces!

—Ayer por la noche, cuando volvimos al castillo, Oliver nos esperaba abajo, así que yo descartaría que el mensaje estuviera destinado a él. No solo eso: cuando le señalé la ventana más oriental, desde la cual eran más visibles las luces y desde la que habría sido posible transmitir un mensaje de respuesta, me dijo que se trataba de la habitación de Arthur McSweeney.

—¿Hay alguien ahí afuera, en un barco, proporcionándole información secreta al señor McSweeney? —me sobresalté—. Pero ¿por qué?

—Ya he dicho hace un momento que en este asunto hay algunas cosas que no cuadran —observó Sherlock—. Y os las diré en el orden en que a mí me han venido en mente. Supongamos que sea esto: hay un castillo aparentemente en venta, pero hay también un sobrino, un futuro heredero, que no parece en absoluto contento por perder esta propiedad. Sabemos con certeza, además, que la señora Evelyn McSweeney no está aquí, ya se ha marchado, aunque la decisión de esperar a su marido en París me parece más bien extraña en una persona que sufre una enfermedad respiratoria. París no es, desde luego, una ciudad de aires saludables, y si Evelyn necesitara realmente vivir en un lugar cálido, en una zona de mar, habría podido esperar a su marido en la Costa Azul, o en Italia, o mejor aún, en Barcelona.

—Cierto —concordó Arsène—. Sigue.

—Por tanto, las hipótesis con que me quedo son las siguientes. Una: la señora McSweeney no se ha marchado a París, sino que no está lejos de aquí, en un barco, y se comunica con su marido mediante señales luminosas.

—Pero ¿por qué razón esos dos harían algo así? —pregunté con los ojos como platos.

Sherlock me miró, pero no contestó.

—Dos: la señora McSweeney no tiene nada que ver y el hombre del barco era nuestro señor Baumann.

Levanté una ceja.

—Tres: la persona del barco no era ni la señora McSweeney ni Baumann, y no se estaba comunicando con Arthur, sino con Oliver.

—Pero si has dicho que Oliver…

—Y cuatro: la persona del barco era la señora McSweeney o el señor Baumann, y se estaba comunicando con Oliver.

Yo ya no entendía nada, así que me rendí al hecho de tener que esperar más explicaciones.

—Durante la visita de hoy, he intentado encontrar pruebas de estas cuatro posibilidades. Pensad, sin embargo, que hasta esta noche no he sabido de la existencia del volcánico señor Baumann, que parece resultarle antipático a Oliver y simpático al señor McSweeney, aunque podría tratarse de una interpretación orquestada para nuestros ojos.

—¡Yo también lo he pensado! —intervino Arsène—. Quiero decir que a estas alturas ya sabemos lo nuestro de subterfugios y enmascaramientos, y Baumann me parece demasiado fuera de tono para ser de verdad quien dice ser.

—Está actuando —coincidí con él—. También a mí me ha dado esa impresión.

—Llegados a este punto, la pregunta es: ¿quién es su público? —dijo Sherlock.

Lo miramos, esperando que nos lo explicara él. Pero era pedir demasiado, incluso para Sherlock Holmes.

—En este momento no estamos en condiciones de determinarlo —dijo nuestro amigo—. Pero hay otros aspectos que, afortunadamente, aparecen más claros: por ejemplo, que el heredero en cuestión no puede ser más que Oliver; y hay luego otros pequeños detalles que he descubierto y que podrían tener cierta importancia.

Lupin y yo, bastante intrigados, lo instamos a continuar.

—Punto primero —atacó Sherlock—: no me parece que el señor McSweeney tenga verdadera intención de vender este castillo.

—Es lo que sostiene mi padre.

—Y hace bien —aprobó Sherlock—. Durante la comida, aprovechando el hecho de que ya sabía cómo moverme por el castillo, me he colado en su estudio y he buscado algún documento que constatara su voluntad de vender el castillo. Pero no he encontrado ninguno.

—¿Has buscado bien? —quiso saber Arsène.

—No he tenido demasiado tiempo a mi disposición… —replicó Sherlock—. Pero la cosa es bastante sospechosa, puesto que, si de verdad tuviera tanta prisa por vender el castillo para reunirse con su mujer, tanta como para convencer al padre de Irene de viajar hasta aquí, casi para entregarle las llaves e irse, imagino que se habría preparado para despachar rápidamente también la parte legal del asunto. Esperaba, por eso, encontrar los documentos de propiedad del castillo, que cualquier adquisidor querría ver al menos antes de comprar.

—McSweeney podría tenerlos guardados en la caja fuerte —objetó Lupin.

—Es verdad —concedió Holmes—. Son documentos que tienen valor. Pero lo dicho valdría para un simple precontrato que rellenar enseguida y hacérselo firmar a tu padre. Cualquiera a quien de verdad apremiara cerrar la venta habría hecho preparar a un notario un documento de esa clase. Y en cambio…

—En cambio, nada —concluí yo.

Sherlock asintió e hizo el signo de «dos» con la mano.

—El segundo descubrimiento lo he hecho en la habitación de la señora McSweeney, Evelyn. Resulta que toda su ropa está en los armarios. O bien tenía otro armario en alguna parte del castillo y en él se encontraban los vestidos que se ha llevado consigo…

—¡O no se ha ido nunca! —exclamó Lupin.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y entonces? —pregunté yo.

—Y entonces tengamos presente la hipótesis expresada por Arsène y prosigamos —respondió Sherlock, haciendo el signo del «tres»—. La habitación de Oliver merece unas palabras. Por dos motivos: primero, porque hace esquina en el lado oriental y una ventana se encuentra exactamente encima de la ventana de la habitación de Arthur; y porque es, además, la única en que no he

conseguido entrar, ya que, después de que se la enseñaran rápidamente a tu padre durante la visita, él la cerró con llave.

—Hum… —murmuró Arsène—. ¡Aquí hay gato encerrado!

—Es posible, en efecto… Porque a estas alturas la situación se presenta así: McSweeney hace ver que ha mandado a su mujer al extranjero y que quiere venderle el castillo a tu padre. En cuanto llegamos aquí, descubrimos que en el castillo está también su sobrino, con el cual el amigo de tu padre no se lleva bien, es patente. Están también las misteriosas señales luminosas hechas por alguien que espera la solución a la «cuestión del heredero» y esa especie de saltimbanqui con acento alemán que, precisamente al día siguiente, aparece en un barco y visita el castillo. Todos estos elementos deben de encajar entre sí de una manera que aún desconozco, pero que… a lo mejor con vuestra ayuda…

Empezamos, por tanto, nuestra actividad predilecta, es decir, la de hacer suposiciones una tras otra y desmontárnoslas mutuamente. Por cada nueva posibilidad que se nos ocurría, había al menos un detalle que no cuadraba. Y, con el paso de las horas, resultó evidente que no haríamos más que perder sueño sin llegar a ninguna parte.

Nos habíamos sumido en el silencio, acunados por el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, cuando unos pasos veloces en la escalera nos sobresaltaron.

Los pasos fueron seguidos por unos toques apresurados a la puerta. Arsène, que ni siquiera se había cambiado para dormir, saltó de la cama y preguntó quién era.

—¡Soy Horace!

Mi amigo abrió la puerta y el señor Nelson entró en la buhardilla, encorvado, como un gigante aprisionado bajo el techo.

—¡Tenía razón, señorito Holmes! —exclamó, excitado.

Luego levantó su gran mano negra, en la cual destacaba un broche con la letra B grabada. Lo reconocí, era el que había visto prendido en el pecho del señor Baumann, en la capa. ¿Cómo había acabado en poder del señor Nelson?

—¡Cuando todo estaba a oscuras, salió de detrás del tapiz! —casi gritó el mayordomo—. ¡Y, en cuanto quise aferrarlo, se dio media vuelta para huir por la escalera!

—¿Baumann? —pregunté—. ¿Y por qué habrá entrado en mi

habitación el señor Baumann?

Pero no había tiempo para hacerse demasiadas preguntas. También Sherlock había saltado de la cama.

—¡Vamos, rápido! —nos incitó, y corrió hacia la puerta con un revuelo de la bata.

Capítulo 14

DESAFÍO EN LA NOCHE

Llovía y yo estaba prácticamente descalza cuando salimos al jardín del castillo. Los muros de Newark se alzaban amenazadores detrás de nosotros y el cielo era como una madeja uniforme de telarañas mojadas. Guiados por Sherlock, habíamos bajado por el pasadizo secreto que se abría detrás del tapiz y por él acabamos en el sótano. El que comunicaba con el exterior a través de la rampa para el carbón, por la que ciertamente debía de haber escapado nuestro hombre.

Según nuestros cálculos, no podía llevarnos más de diez minutos de ventaja. Y coincidimos en que solo podía haber huido en una dirección: por la orilla del río hacia Port Glasgow.

Empezamos a correr uno detrás del otro. Arsène abría la fila sosteniendo un viejo farol de aceite que había podido coger en el sótano y que ahora se balanceaba en la oscuridad como una luciérnaga enloquecida. Corrimos lo más rápido que pudimos, aunque sin separarnos nunca.

Alrededor reinaban la oscuridad y el silencio. Fue un cruce de

palabras, en algún lugar delante de nosotros, lo que nos hizo detenernos y acercarnos el uno al otro. La lluvia nos había pegado al cuerpo la ropa y el pelo, y todo, incluidos nuestros huesos, parecía gotear.

Arsène apagó la luz y, en la oscuridad, avanzamos a tientas por la ribera del Clyde.

Nos detuvimos pocos pasos más allá, cuando ante nosotros se abrió un terreno despejado. Era un prado, en el extremo opuesto del cual había dos personas. Nos agazapamos entre los arbustos y tratamos de distinguir quiénes eran, pero la lluvia intensa y la ropa que llevaban —¡la capa del señor Baumann!, luego ¿uno de los dos era él?— los volvían sombras borrosas, con las capuchas echadas sobre la cara.

De todas formas, incluso a aquella distancia podíamos darnos cuenta de que estaban inmersos en una conversación nada amistosa. Y el impetuoso viento que soplaba desde el río traía a nuestros oídos algunas de sus palabras.

—Ahora vete, ¿de acuerdo? —gritaba uno. Tuve la vaga impresión de que era una voz familiar. Pero ¿de quién se trataba? ¿De Oliver? ¿O quizá del señor Arthur?

—¡Eres tú el que debe esfumarse! —rebatió el segundo hombre entre dientes.

—¿Crees que no me he dado cuenta de quién eres?

Me asomé para mirar e intentar distinguir de quiénes salían aquellas invectivas que enconaban la discusión, pero fue inútil. La distancia no me permitía ver mejor.

—¿Cuántos sois esta vez? —graznó uno de los dos desconocidos. Y esta vez estuve segura de que se trataba de Baumann.

—¿Cómo tienes el valor de presentarte aquí?

—¡Tienes un día! Solo un día para desaparecer y decirles a los tuyos…

—¡Calla! ¡Vuestro plan ha fallado!

En ese momento se empujaron de mala manera y me pareció ver que el hombre que hablaba con Baumann cojeaba de un modo bastante evidente. ¿Acaso era Arthur?

Al primer empujón siguió un segundo.

—¿Crees que me das miedo?

—Cuando se sepa…

—¡Cuando se sepa será demasiado tarde!

En ese momento, uno de nosotros, moviéndose entre los arbustos para oír mejor, tronchó una rama con el pie y el CRAC resonó en el claro como un trueno.

Los dos se volvieron de sopetón, ocultando sus caras con las capuchas, y uno de ellos exclamó:

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?

Me pareció reconocer la voz de Oliver.

Pero, en aquel instante, Arsène me agarró la mano y susurró:

—¡Vamos! ¡Larguémonos!

Y volvimos a correr por el bosque como si el diablo nos pisara los talones.

Capítulo 15

LA TRAGEDIA DEL *LORELEI*

Estoy segura de que otros, en nuestra misma situación, ni siquiera habrían esperado a la mañana siguiente para hacer el equipaje y marcharse del castillo lo antes posible. Pero nuestro trío no funcionaba así. Cuanto más evidente era que las cosas se estaban volviendo peligrosas y se teñían de misterio, más nos uníamos y nos ilusionábamos considerándolas un nuevo reto. Sherlock, encerrado en el mutismo que lo caracterizaba quería resolver el misterio de las señales en morse. Arsène tenía una media idea para descubrir algo por su cuenta, mientras que yo quería aconsejarle a mi padre que estuviera atento. Deseaba que tuviera los ojos bien abiertos, sin alarmarlo demasiado, no obstante, y poder disponer de tiempo para averiguar cuál era el misterio que se escondía en el castillo de Newark.

Las preguntas que nos acuciaban eran muchas. ¿Por qué Baumann había vuelto al castillo en plena noche y había entrado en mi habitación por el pasadizo secreto que terminaba detrás del tapiz? ¿Cómo es que estaba al corriente de su existencia? Pero, sobre todo, ¿quiénes eran los dos contendientes que casi nos habían sorprendido la noche anterior? No teníamos ninguna duda de que Baumann era uno de ellos, pero la oscuridad y la confusión no nos

habían permitido saber quién era el segundo hombre. Y más aún: ¿por qué discutían y a qué se debían las amenazas que habían intercambiado?

Con todas aquellas preguntas rondándonos por la cabeza, bajamos a desayunar. Mi padre no se había enterado de nada y se sentaba a la mesa después de haber descansado perfectamente. En el otro extremo estaba el señor McSweeney, imperturbable. Estaban programando una visita al mercado de pescado que se montaba a la orilla del río, en Greenock.

Nos saludamos amablemente, pero el señor McSweeney no se levantó de la silla.

—Tienen que disculparme, pero me duele una pierna… —nos dijo—. ¡La humedad empieza a afectarme a mí también!

Grabé mentalmente aquella información mientras me sentaba a la mesa.

—¿No está Oliver? —preguntó Arsène con fingida indiferencia.

—Esta mañana se ha levantado pronto y ha dejado dicho que iba al pueblo. Pero no creo que nos haga esperar mucho.

Vi que Sherlock y Arsène cruzaban una mirada de entendimiento y, un instante después, Arsène dio rápidamente media vuelta para volver a su habitación.

A continuación, yo me serví el té, atenta.

—¿Qué me dices, Leopold? Si nos ponemos en camino ahora mismo, también podemos hacer un alto en esa excelente destilería de la que te hablaba… —sugirió McSweeney.

—¿Venís con nosotros? —nos invitó mi padre.

Yo miré indecisa a Sherlock, el único de mis amigos que seguía sentado a la mesa. Quizá nos conviniera quedarnos en el castillo o, como mucho, acercarnos al puerto para interceptar el barco del señor Baumann. En cualquier caso, pensé, era mejor si conseguíamos de algún modo quedarnos solos.

—Creo que remaremos otra vez, papá —le contesté.

Él ni parpadeó.

—Siento mucho el inconveniente de anoche, Leopold —siguió diciendo entonces el señor McSweeney—. Pero, como ves, empieza a propagarse la noticia de que Newark podría estar en venta. Y es muy codiciado, incluso por personajes un tanto excéntricos como ese Baumann.

—No pasa nada. Estamos acostumbrados a tener que vérnoslas con personajes raros. E insisto, no hay razón alguna por la que no debas tener en cuenta también su oferta —dijo Leopold con una sonrisa.

—Como te he dicho, no es el monto de la oferta lo que debo considerar —replicó McSweeney—, sino quién me la hace.

¿Por qué era tan importante?, me pregunté entonces, examinándolo detenidamente. ¿Por qué insistía tanto en no querer considerar los aspectos económicos tanto como las implicaciones personales? Me vino a la cabeza que la relación entre mi padre y Arthur era un elemento que no habíamos destripado a fondo en nuestras conversaciones y en el que quizá, a la luz de los hechos, valía la pena profundizar.

—¿Cómo se conocieron ustedes dos? —intervine, haciendo que se volvieran hacia mí.

Sonreí y ambos me sonrieron a su vez. Luego se miraron.

—¿Cuándo fue, Arthur?

—¿Por el asunto de aquella acería de Maastricht?

—¿O fue después, cuando construimos la línea férrea entre Rostock y Kiel?

—No, antes. Fue por aquel negocio de la vieja serrería Stumpf, en las cercanías de Múnich.

—¡Ah, sí! ¡Pues claro!

—¿Yo ya había nacido? —pregunté para situar sus recuerdos en un marco temporal con algún sentido para mí.

—Sí, cielo. Cuando conocí a Arthur tú ya… estabas con nosotros —respondió mi padre.

Aquella fue una manera muy delicada de darme a entender que Arthur McSweeney estaba al tanto del hecho de que yo no era hija natural de Leopold y Geneviève, sino que había sido adoptada.

Di un mordisco a una rebanada de pan tostado, pensativa, y entonces oí cerrarse violentamente una puerta y, poco después, Oliver irrumpió jadeante en la sala.

—¿Se han enterado? —casi gritó.

Yo lo miré en busca de algún detalle que me permitiera saber si él era uno de los dos hombres del bosque.

—¿Enterarnos de qué? Por el amor del cielo, Oliver, ¿qué le sucede? ¡Se diría que ha visto a un fantasma!

—¡Baumann! —exclamó el hombre. Luego buscó con la mirada un sillón y se desplomó en él.

—¿Qué lío ha montado Baumann? —le preguntó McSweeney, tranquilísimo.

—Lo han encontrado esta mañana… —empezó a decir él antes de respirar hondo. Se pasó las manos por el pelo rubio y ralo, y allí las dejó, como si las hubiera enterrado en él. Cuando las sacó, observó la mesa con ojos líquidos y expresión aterrada—. Se ha colgado del mástil de su barco. Esperan a que llegue la policía de Glasgow para bajarlo, pero…

Oliver se tapó los ojos con las manos, terriblemente abatido por lo que acababa de ver.

—Es un espectáculo espeluznante —murmuró.

Hubo un rápido movimiento de sillas, Sherlock susurró un «Con su permiso», corrió arriba para llamar a Arsène y desde allí se precipitó afuera.

Mi padre nos miró desorientado antes de comprender lo que sucedía.

—¡Irene! —gritó entonces, pero era demasiado tarde—. ¡Ni se te ocurra ir al puerto! ¿No has oído lo que ha dicho el señor Oliver?

Pero yo ya salía corriendo del salón tras los pasos de Sherlock y seguida a mi vez por Arsène, en dirección a las canoas.

La voz de mi padre me llegó lejana y murmuré para mí un par de excusas.

Jamás había visto a un ahorcado.

Y, aunque sabía que no iba a ser un bonito espectáculo, también sabía bien que hay cosas que deben verse en persona cuando se va en busca de la verdad.

Capítulo 16

UN JOVEN AGENTE

Llegamos al puerto a tiempo para asistir al macabro espectáculo del cuerpo del señor Baumann siendo descolgado del mástil del *Lorelei* y bajado a la cubierta del cuter. En el muelle se había congregado la mitad del pueblo.

Desde el Clyde, la vista que teníamos era clara y muy cercana.

Incluso demasiado, a decir verdad.

El señor Baumann iba vestido igual que cuando lo habíamos despedido la noche anterior, a excepción de la capa. Dos marineros lo envolvieron en una sábana bajo la mirada perpleja de un joven con uniforme de policía, el agente llegado de Glasgow al que se habían encomendado las indagaciones del caso.

—Así pues, ahora sabemos que la representación de Baumann era en realidad una tragedia —murmuró Arsène mientras remábamos para alcanzar la orilla.

—Sí… y entre los personajes que siguen en escena hay un asesino —añadió Sherlock, sombrío—. Por cierto, ¿has logrado descubrir algo útil para nuestra investigación?

En efecto, mientras yo desayunaba, Arsène había subido a la habitación de Oliver aprovechando su ausencia y había probado a forzar la puerta. Malgasto tinta, obviamente, porque Arsène no

había probado a forzarla. La había forzado y punto.

—Su habitación es muy interesante… —nos contó mientras atracábamos—. Sobre todo porque hay poquísimas cosas en ella. Un cuadro colgado sobre la cama, algunos adornos y… un charco de agua.

—¿Agua? —exclamó Sherlock.

—Sí, agua. Agua de lluvia, que ha goteado de un montón de ropa dejada sobre una silla.

—¡Por tanto, el segundo hombre en la oscuridad era él! —saqué en conclusión—. Y tal vez por eso esta mañana parecía tan trastornado.

Sherlock tenía muchas dudas sobre la sinceridad del trastorno de Oliver y nos lo hizo comprender con una mirada. Se acarició la barbilla, pensativo, y los tres nos quedamos en silencio, ocupados en examinar mentalmente las piezas de aquel rompecabezas, que se resistían a encajar.

Amarramos por fin la barca, bajamos a tierra y nos mezclamos con los corrillos de curiosos. No fue nada fácil llegar hasta el policía, pero, tras mucho insistir y algunos codazos, pudimos llevarlo aparte y le informamos de que habíamos estado con Baumann la noche anterior.

—¿Lo conocíais? —nos preguntó el policía.

—No exactamente, pero cenamos con él anoche —dijo Arsène.

El inspector era muy joven y tenía un rostro sonrosado que le hacía aparentar nuestra edad. Verdaderamente, a juzgar por cómo se movía, parecía tener mucha menos experiencia que nosotros en cuestión de asesinatos. Sudaba mucho y se metía todo el tiempo la mano en el bolsillo para coger una libreta de notas, en la que no había apuntado prácticamente nada.

—Es muy probable que hayáis sido los últimos en verlo, así que… —rezongó.

—Si nos concede un cuarto de hora, señor —le dijo Sherlock—, le explicaremos con exactitud todo lo que sabemos con la esperanza de que sea útil en la investigación…

—Me parece bastante claro que se trata de un suicidio.

—¿Qué quiere decir con suicidio? —solté—. ¡No es posible!

—Es así en el noventa y nueve por ciento de los casos de ahorcamiento, señorita —me respondió él tajante—. Como también

podría explicarle el doctor Bell si estuviera aquí…

—¿El doctor Bell? —repitió Sherlock—. Yo conozco al doctor Bell.

—¿D-de veras? —balbució el chico muy incómodo.

—Joseph Bell —precisó Sherlock Holmes—. Médico y asesor criminal de la policía de Edimburgo. Un hombre de singular inteligencia, por lo que he podido leer. Pero no tenía entendido que colaborara también con la policía de Glasgow.

El joven policía se había puesto colorado. Era evidente que se había tirado un farol para darme una respuesta que me hiciera callar y había sido desenmascarado por aquella enciclopedia viviente que era Holmes, al menos en todo lo concerniente a crímenes.

—N-no exactamente, no… Pero a veces sucede que le enviamos los casos más… complejos… para…

—En fin, suicidio o no —intervino Arsène, que hasta aquel momento había intentado mantener a los curiosos lejos de nosotros y del policía—, ¿por qué no nos sentamos en el *pub* y hablamos cinco minutos en paz?

El joven policía se puso rígido, a todas luces irritado por el hecho de encontrarse ante unos chiquillos con las ideas más claras que él.

—Me parece una buena idea —se rindió al fin, tras un pequeño suspiro—. Voy por delante.

Capítulo 17

EL DIABLO EN PERSONA

El joven policía se llamaba John Bryson y aquel era, como nos había resultado evidente, el primer caso del que le tocaba ocuparse él solo. Pero, una vez dentro del
King's
Head, su inicial arrogancia —sin duda una reacción a la tensión— había desaparecido y, después de elegir una mesa lo bastante apartada para escucharnos, lo hizo con gran atención.

Le contamos lo que sabíamos: la llegada de Baumann al puerto, la invitación al castillo de Newark y nuestra convicción personal de que había algo falso en él, como si estuviera interpretando un papel. Yo en concreto le comuniqué mi impresión de que Baumann ya estaba al corriente de la venta y de que también se había informado de los detalles del edificio, tanto como para poder entrar estando la puerta principal cerrada, por una abertura secundaria del sótano. Hablamos también de la discusión nocturna que habíamos presenciado, en la que Baumann había increpado con malos modos a un segundo hombre. Y le dijimos lo que conocíamos de Arthur McSweeney y a su sobrino.

Era mucha información, quizá más de la que él estaba preparado para recibir, y al final nos dio las gracias.

—Creo que tal vez necesite hablar con vosotros otra vez por la tarde —nos dijo—. Ahora tengo que inspeccionar el camarote y toda la embarcación, y después…

—Lo primero es el cadáver —le recordó Sherlock.

—Obviamente —replicó él con una sonrisa forzada.

—Comprobar si tiene heridas en otras partes del cuerpo, además del esperable círculo negro en el cuello. Y la columna vertebral rota, es obvio —especificó mi amigo.

—Naturalmente —refunfuñó él, frunciendo el ceño. Yo le lancé una mirada airada a Holmes, ¡realmente se había pasado!

Bryson se levantó y se despidió con torpeza.

Nosotros lo seguimos, pero manteniéndonos lejos del séquito de curiosos que lo acompañó hasta el cuter de Baumann.

—¿Qué pensáis? —pregunté.

—Es un jovencito con su primer caso —murmuró, Arsène—. Puede ser un desastre… o a lo mejor está tan angustiado que hará sus verificaciones con absoluta precisión, quién sabe.

Sherlock se había metido las manos en los bolsillos, absorto.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—Ah, en el doctor Bell —respondió él, evasivo.

—Mientes.

—Vale… —reconoció Sherlock—. Estaba pensando que, con toda esta gente, no tenemos forma ni de subir al barco ni de ver el cuerpo de Baumann. Y me preguntaba qué sería mejor hacer.

—¿Y si regresamos al castillo? —sugirió Arsène—. Yo tengo auténticas ganas de hacer una segunda incursión a la habitación de Oliver… y quizá a la del señor McSweeney.

—Puede ser una idea —concordé—. Si es que de verdad se han marchado a Greenock…

—Hum… —musitó Sherlock, en cambio—. Dudo que, después de lo sucedido, hayan seguido con sus planes. Es más plausible que vengan aquí también, en cambio. Aunque quizá, por otro lado, Oliver y su tío no tengan muchas ganas de merodear por el lugar con la policía rondando.

Todos teníamos claro, de hecho, que con toda probabilidad lo que le había ocurrido a Baumann se debía a la discusión que habíamos presenciado.

—¿Tienes alguna idea mejor? —le preguntó Arsène.

—Puede que sí —dijo inmediatamente Sherlock—. Vosotros dos podríais quedaros aquí y no perder de vista a Bryson para ver si aparece algún detalle nuevo, mientras que yo…

—¿Tú, Sherlock?

—Podría ir precisamente al mercado de pescado de Greenock.

Y eso hicimos.

Arsène y yo nos apostamos en el King's Head, que era realmente un tugurio, como nos había dicho Baumann tan solo la tarde anterior. Pero era un tugurio donde cada cual iba a lo suyo y nadie prestaba atención a dos chiquillos sentados en un rincón. Cada novedad de la investigación, incluso la más pequeña, era comunicada al hombre del mostrador, que la comentaba encogiéndose de hombros y con una pulla salaz sobre los extranjeros que llegaban al puerto. Lo primero que descubrimos fue que la policía había mandado a Bryson porque era originario de la comarca, de un pueblecito de la península llamado Kilmacolm. Hablaron bien de él, o al menos de su familia, una gente ponderada y dedicada al trabajo. Una lástima que el primer caso de John fuera un crimen así. Aquel muerto por ahorcamiento no era, ciertamente, un principio alentador. Cuando nos hartamos de las voces del *pub*, paseamos fuera, por el muelle, tratando de coincidir de nuevo con el joven policía. No fue difícil, pues un par de horas más tarde la multitud se había dispersado, no antes de darse cita, para posibles puestas al tanto de las novedades con la cerveza de las seis de la tarde. Así que pudimos acercarnos al velero *Lorelei* sin que nadie nos molestara.

—¡Ah, sois vosotros! —nos saludó el policía al reconocernos. Y me pareció aliviado al ver que el tercer elemento de nuestro grupo, el sabihondo de nariz aguileña, ya no estaba con nosotros.

—¿Cómo va la investigación? —le preguntamos.

—¡Es como buscar una aguja en un pajar! —rezongó él mientras subía a cubierta. Cogió una bocanada de aire antes de proseguir—. Vuestro amigo, este de aquí, es un auténtico misterio.

Le hice notar que no era nuestro amigo, mientras que Arsène le preguntaba a qué se refería con esas palabras.

—He hablado de una aguja en un pajar, pero en realidad… es exactamente lo contrario… —nos confió entonces el joven detective —. No hay nada en este barco. Nada de nada.

—¿En qué sentido?

—Ningún documento, ni equipaje ni diario de a bordo. Nada. Imposible saber de dónde venía, desde hacía cuánto tiempo viajaba o adónde se dirigía. También su nombre es un misterio. Baumann, sí. Pero ¿y el nombre? Es como si…

—Como si fuese un fantasma —murmuré.

—Así es, señorita. Usted lo ha dicho. Pero un fantasma ahorcado y… ¡deliberadamente!

Lo miramos.

—Díganle a su amigo, ese que conoce al doctor Bell, que tenía razón.

—¿Razón? —repitió Arsène.

—En aconsejarme que buscara más heridas. Tiene una justo aquí, en la parte de atrás del cráneo. Un golpe violentísimo. Como si, antes de colgarse, la víctima hubiera chocado con una arista o un objeto puntiagudo.

—¿Había también mucha sangre?

—El cuerpo estaba empapado de agua de la lluvia, obviamente. Pero… no estaba solo empapado… Yo no soy un experto, que quede claro, pero es como si, antes de colgarse ahí, del mástil, se hubiese dado un baño…

Lo miré con los ojos como platos.

—Es solo una sugerencia, pero no sé cómo explicarlo de otra manera. Olía a jabón.

Dicho esto, el policía se puso en pie y estiró la espalda. Y nos señaló el barco, donde todavía había mucho que hacer.

—Con su permiso…

—Claro, agente Bryson —se despidió de él Arsène.

—Nosotros regresamos a Newark.

—Pasaré por ese castillo en cuanto haya terminado. Entretanto, si me necesitan y no me encuentran aquí arriba, pregunten en el King's Head —se despidió él—. Creo que me alojaré en él un par de días. Al menos hasta que haya comprendido algo…

Claro, pero ¿es que alguien comprendía algo?

—¡Maldita sea! —masculló Arsène entre dientes mientras nos alejábamos del cuter, cuyo perfil alargado me parecía ahora decididamente amenazador. Una embarcación misteriosa, un lobo

de mar más misterioso aún y sin identidad. Una serie de mensajes en clave. Y un castillo en venta que escondía algo poco claro. ¿Qué más se nos escapaba? ¿Cuál era la pieza faltante para poder asir la verdad?

La única certidumbre fue que alguien me asió a mí.

—¡Socorro! —grité cuando el viejo borracho con el que habíamos coincidido el día anterior en una mesa del *pub* apareció de detrás de una pila de cajas de madera y me agarró la muñeca.

Me atrajo hacia sí antes de que Lupin y yo pudiéramos reaccionar y me miró con sus ojos velados por cataratas. Su aliento olía como el de un oso, espeso y rancio por la cerveza, y tenía un agarre de arponero.

—¡El muerto! ¡El muerto! —farfulló—. ¡Yo he visto al muerto!

—¡Suélteme! —grité revolviéndome.

Pero el hombre me acercó más a él, como si quisiera morderme. Cerré los ojos ante sus dientes negros.

—¡Ayyy! —rugió el viejo cuando Arsène me lo quitó de encima y lo empujó al suelo, para luego interponerse entre él y yo.

—¡Fuera esas manos, viejo loco! —le dijo.

Él tropezó al intentar ponerse en pie y se protegió los ojos, como si temiera que Arsène fuera a pegarle.

—¡Dos! ¡Dos! ¡Siempre dos! ¡También vosotros sois siempre dos!

—¡Lárgate! —le ordenó Arsène mientras yo me acariciaba la muñeca detrás de él.

—Déjalo —le dije—. No me ha hecho nada… solo me ha asustado.

—¡Asustado, sí, sí! —berreó el viejo—. ¡Yo también estaba asustado cuando los vi subir!

Le puse una mano en el hombro a Arsène.

—Espera un momento… —le dije.

Me arrodillé para mirar al viejo a su misma altura. Tenía el pelo largo y mugriento, enredado en formas que parecían sacacorchos.

—¿A quiénes vio subir? —le pregunté, con la voz temblándome un poco del susto.

—¡Al muerto y al otro muerto! —dijo el viejo, escarbando en el suelo—. ¡Los vi! ¡En el barco! ¡El muerto ya estaba muerto cuando lo izó! El viejo Booley estará maltrecho, ¡pero todavía sabe reconocer a un muerto cuando lo ve, se lo puedo asegurar!

—¿Vio a un hombre llevando un cuerpo al *Lorelei*? —seguí diciendo yo, despacio.

—¡Lo llevó y lo colgó, sí! Como se hace con los bacalaos para secarlos… ¡colgó al muerto! ¡Y lo dejó colgando! ¡Colgando bajo la lluvia! ¡Daba escalofríos!

—¿Y vio quién era ese hombre?

—¡Sí que lo vi! ¡Vaya si lo vio el viejo Booley! —rezongó el viejo, acercándose a cuatro patas—. ¡Ah, si tuviera algo con que mojar la lengua, hablaría con mucho gusto!

—Tendrás una cerveza y una copa… ¡pero después! —le prometió Arsène, que se arrodilló a mi lado—. ¡Y ahora dinos quién era!

El viejo Booley se acercó a nosotros andando sobre las rodillas, como un perro, nos miró bien, primero a mí y luego a Arsène, abrió la boca desdentada y la cerró antes de revelarnos la identidad de aquel a quien había visto subir al barco de Baumann.

—Era el diablo, queridos niños… —dijo de un tirón—. ¡El diablo en persona!

Capítulo 18

LA ORILLA FANGOSA

Los ríos no son todos iguales. Algunos tienen cauces por los que la corriente baja a una velocidad prodigiosa, arrastrando todo lo que encuentra en el fondo. Y hay otros, más lentos y sinuosos, en los que hay que adentrarse mucho más allá de la orilla para empezar a sentir que el río te arrastra. El Clyde, a la altura del castillo y del vecino puerto, pertenecía a esta segunda categoría: sus orillas eran largas y fangosas, el agua turbia y cenagosa, erizada de cañas y con una tupida vegetación.

Puesto que Sherlock no regresaba del mercado de pescado, Arsène y yo remamos de vuelta al castillo bordeando con atención la orilla hasta que localizamos, a medio camino entre el castillo y el pueblo, el claro en que había tenido lugar el último altercado de Baumann.

—Probemos aquí —murmuró Arsène, dirigiendo hacia la orilla la proa de nuestra barca.

Volver a aquel lugar me provocó una desagradable sensación, pero estaba de acuerdo con mi amigo en que no era mala idea echar una ojeada por allí a la luz del día. No sabía exactamente para qué salvo para buscar algún indicio.

No tardamos mucho en meter nuestra canoa en el barro de la orilla. Arsène saltó el primero y se hundió en el agua casi hasta las rodillas. Yo lo seguí inmediatamente después.

El agua estaba helada. Toda la ribera emanaba olor a pútrido y estaba poblada por un ejército de insectos que correteaban velozmente a flor de agua o zumbaban entre los tallos del cañaveral.

Empujamos la barca a fuerza de brazos hasta encallarla en el borde herboso del claro. Y entonces reconstruimos la escena.

—Ellos estaban aquí… —dijo Arsène, colocándose donde se encontraba uno de los dos hombres. Oliver. O Baumann.

—Y aquí se empujaron… —dije yo.

Le puse una mano en el pecho a Arsène, como si lo empujara, y él me la apretó suavemente para luego dejarse caer en la hierba, arrastrándome consigo. Un instante antes estábamos imitando los movimientos de una pelea y ahora estábamos una en brazos del otro, en medio de la hierba espesa y la danza de insectos.

—No era esto exactamente lo que yo… —murmuré, procurando que no notara los latidos de mi corazón.

—¿Me lo recriminas? —preguntó él.

—Debería —repliqué.

Estábamos investigando un homicidio, el hallazgo de un hombre ahorcado en circunstancias sospechosas y el asunto de una herencia que era aún un completo misterio, y sin embargo Arsène y yo estábamos tumbados en la hierba, titubeantes y confundidos. Al menos, yo lo estaba.

—No creo que sea buena idea, Arsène… —dije antes de besarlo.

O quizá fuera él quien me besó a mí. Todavía hoy, cuando tanto tiempo ha pasado, no sabría decirlo con precisión.

La impetuosidad de nuestra juventud hizo durar largo rato aquel beso a orillas del Clyde. Creo, por lo demás, que puedo culpar al destino —que en toda novela es desde siempre adversario de las cuestiones del corazón— por cómo nos proporcionó, instantáneamente, una manera de interrumpirlo mientras

rodábamos jubilosamente por la hierba. Arsène dejó repentinamente de estrecharme y empezó a palpar en un punto en que la hierba era más alta. Después, de una manera totalmente inesperada, imprecó.

—¿Qué ocurre? —le pregunté con la cara en llamas y los tobillos helados.

—Nada de recriminaciones… ¡ha sido una jugada genial! —me dijo él, metiendo la mano entre las cañas.

Instantes después, tenía en la mano un atizador de chimenea, uno de esos largos utensilios de hierro forjado que sirven para reavivar las brasas. Estaba manchado de barro y tenía incrustado en la punta algo mucho más terrible que el barro.

—Caray, sí —asentí, poniéndome de rodillas—. ¿Es lo que creo?

—Podría ser… —comentó Arsène, poniendo cuidado en no tocarlo demasiado. Se quitó la chaqueta y lo envolvió con ella—. Pero conviene que nos lo diga nuestro amigo el policía.

Miré el atizador hasta que desapareció entre las dobleces de la chaqueta de Arsène y entonces empezaron a castañetearme los dientes sin que pudiera controlarme.

Todo empezaba a tomar forma en mi mente. Justo después de la discusión, Baumann había sido golpeado mortalmente, justo allí, o lo habían dejado sin sentido al menos. Y luego había sido llevado a su barco, en el puerto, e izado al palo mayor, donde…

—No… —murmuré, intentando mantener quietos los dientes—. Todo esto es horrible.

—Lo es —dijo Arsène—. Pero nuestro hombre tiene ahora las horas contadas.

—¿Ese utensilio procede del castillo? —le pregunté, señalando el bulto que Arsène sujetaba bajo el brazo.

—Podemos apostar a que sí —respondió él. Mientras, miraba ya la sombra del castillo al otro lado del bosque—. Pero tardaremos poco en comprobarlo.

Lo agarré por un brazo.

—Quizá no sea prudente volver —le dije.

—Allí están tu padre y el señor Nelson. Y apuesto a que Bryson no tardará mucho en decidirse a interrogar a la familia McSweeney. Y cuando lo haga…

Tlac-tlac-tlac, hacían mis dientes.

—Te estás helando —me dijo Arsène.

Y así era. Me había empapado hasta las caderas cuando empujé la canoa hacia la orilla y parecía que aquella agua gélida se me había metido hasta los huesos. ¡Y pensar que sentía el resto de mi cuerpo más caliente que nunca!

—La cabeza… —dije cuando noté llegar las primeras pulsaciones.

El dolor me estalló con un acceso improviso y me dejé caer en brazos de Arsène.

—¡Estás ardiendo! —exclamó él—. ¡Tienes fiebre, Irene!

—N-no… —balbucí, temblando—. Es que han ocurrido demasiadas cosas y demasiado deprisa. Tengo un problema en la espalda, por eso hago deporte. Me lo dijo el doctor Marqueson. He estado demasiado tiempo en el agua fría. Y luego tú me has besado, canalla, ladrón, traidor de la confianza, que no eres más que eso. Me has besado en la hierba y yo…

Las palabras me salían de los labios a borbotones, calientes por la fiebre y sin lógica aparente.

—Sí…, he pescado un resfriado… —dije al fin, mirando a Lupin con cara de niña enfadada—. ¡En mi vida había necesitado tanto una manta!

Capítulo 19

LA SUCESIÓN AL TRONO DE BOHEMIA

No recuerdo con claridad los momentos siguientes a que Arsène y yo dejáramos el río a nuestra espalda. Sé que me sostuvo, y tal vez me llevara en vilo a mi cuarto y luego me depositara allí, en la gran cama en la que nunca había dormido.

—Vuelvo enseguida —me dijo.

O tal vez no dijera nada y solo me lo imaginé.

El hecho es que, cuando estuve sola, me di cuenta de que Arsène me había echado encima una manta, pero que debajo aún tenía la ropa mojada. Con gran esfuerzo, me levanté para coger otra del baúl. Un vestido violeta, lo recuerdo como si todavía lo llevara puesto. Tenía un borde de raso negro en el cuello y era estrecho en la cintura, aunque no asfixiante. Yo sentía que me arañaba la piel, como si fuera de tela gruesa, aunque era ligerísimo.

Como ligerísimos eran los golpes que oía dar a la puerta. ¿O también me los imaginaba?

No, me dije, aturdida por la fiebre. De verdad llamaba alguien.

Quizá Arsène, que así pedía permiso para entrar. O bien Sherlock. O el señor Nelson. Eso, debía de ser el señor Nelson, al que Arsène le habría contado lo que me había sucedido —quizá todo no, ¡el beso no!— y que había subido a ver si necesitaba algo.

—¡Señor Nelson! —lo saludé, abriendo la puerta con cierto trabajo e imponiéndome parecer más lúcida de lo que en realidad estaba.

Pero no era el señor Nelson.

Ni tampoco Sherlock ni Arsène.

Era Oliver.

—Señor… —Tuve tiempo de decir antes de que me tapara la boca con una mano.

—¡Basta de escaparte, condenada chiquilla! —gritó.

Acabé en el suelo. Me revolví, tal vez chillara. Le mordí una mano, luego un trozo de tela me tapó la boca y otro los ojos. Sentí que me levantaban por los hombros y comprendí que me estaba llevando al pasadizo secreto de detrás del tapiz. Lo último que noté fue que me pasaban unas cuerdas por las axilas y alrededor de las muñecas, que me juntaban los tobillos con un nudo doloroso. De fondo, el martilleo sordo de mi cabeza, que se volvía más violento a cada instante, como el *crescendo* de un timbal de orquesta.

Fui levantada de nuevo y sacada afuera, al jardín, y después depositada en el asiento de un carruaje, que se balanceó con el peso de Oliver.

El hombre fustigó a los caballos gritando:

—¡Arreee!

Mientras notaba cómo se lanzaban al galope, perdí definitivamente el sentido.

Cuando me desperté, a mi alrededor todo se movía despacio, en una lenta oscilación. Me percaté de que estaba tumbada en una estrecha litera adosada a una pared de madera. Tenía la cara ardiendo, me dolían los labios. Moví la lengua entre los dientes y comprendí que todavía tenía puesta la mordaza. Intenté moverme y una pesada y áspera manta de lana me arañó la espalda. Y luego supe la razón de aquel balanceo. No era la fiebre la que me provocaba la ilusión de que el mundo se movía, sino que estaba en el camarote de un barco y era el barco el que se balanceaba. Cuando por fin me percaté, me entraron náuseas, que me asustaron

hasta el punto de hacer que me sentara impulsivamente en el borde de la cama. Quise arrancarme la mordaza, sin conseguirlo, y vi con horror que mis manos estaban sujetas con una cadenita de hierro a una anilla clavada al mamparo del barco. Las náuseas se retiraron al fondo de mi estómago.

Y una voz a mis pies habló.

—Me ha costado lo suyo echarte el guante —dijo aquella voz.

Me volví y vi a Oliver sentado en un rincón del camarote, en una banqueta.

Alargó la mano para coger una botella y servirse un vaso de agua.

—Tienes sed, ¿verdad? —me preguntó—. Por supuesto que tienes sed. Si me prometes no jugarme ninguna mala pasada ni ponerte a gritar, te quito la mordaza.

Lo miré con los ojos desencajados del miedo. Al intentar, instintivamente, moverme y soltarme, hice tintinear la cadenita y la anilla de hierro. Y bastó aquel sonido para paralizarme.

—¿Puedo fiarme de ti? —murmuró Oliver, mirándome con sus grandes ojos acuosos. Eran ojos dulces y terribles al mismo tiempo, remotos y cortantes. Pero carecían de humanidad, eran débiles y, sin embargo, hambrientos. Ojos de pájaro, pensé, y de repente su rostro me pareció el de un albatros, un martín pescador o cualquier otro depredador marino.

Asentí, cautelosa, y dejé que se acercara. Con un gesto rápido, me desató la mordaza y yo aspiré una bocanada de aire y me llené los pulmones. Después bebí ávidamente de la botella. Tenía miedo de parar, porque no sabía qué sucedería al término de aquella pequeña tregua.

Oliver cogió la botella y la apartó para que yo no pudiera alcanzarla. Luego se quedó en pie, mirándome, un tanto encorvado, pues el camarote era muy bajo.

—No lo entiendo —murmuré.

Y era la pura y simple verdad. Él esbozó una sonrisa de circunstancias.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Todo —contesté—. ¿Qué hago yo aquí?

—¡Y todos me decían que eras una chiquilla muy despierta! Bah… ¡Me parece obvio que has sido raptada! —respondió

desdeñosamente.

—¿Raptada? —repetí estúpidamente—. ¿Y por qué me ha raptado?

Él se agachó delante de mí, mirándome con curiosidad.

—Eres buena actriz, princesita. Tenían razón al menos cuando decían que eres bastante peligrosa, a tu manera.

«Princesita», pensé. Era la segunda vez que me llamaban de aquel modo y que advertía que no se trataba de una simple broma. También Baumann, el día anterior, me había llamado princesa al besarme la mano.

Algo empezó a darme vueltas en la cabeza. Pero no era la fiebre. Eran recuerdos.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—No importa mucho quién sea yo… —respondió él, clavándome un dedo en el pecho—. Aquí lo importante es quién eres tú.

—Yo soy Irene Adler, hija de Leopold y Geneviève Adler.

—Ah, pues claro… —dijo él—. Ese es el nombre bajo el que siempre te has ocultado. El nombre que tu madre intentó mantener en secreto… hasta hoy.

—Mi madre ha muerto.

—Ella no, tonta. Tu verdadera madre. La amante del rey.

Salté hacia delante para abofetearlo, pero la cadenita me lo impidió.

Él se rio.

—¡Qué ardor, princesa! ¡Menudo temperamento! ¿Ves como sabes de quién estoy hablando? Nos consta que os habéis visto. Incluso sabemos dónde. Esa víbora de Von Klemnitz fue muy hábil. Pero no lo bastante para poder esconderse eternamente…

—¿Qué le habéis hecho?

—¿Nosotros? Todavía nada. No es ella la que nos interesa. Tu madre está en su casa e ignora lo que sucede. Pero puedes estar segura de que, cuando se entere…

—Mi padre os matará —exclamé.

—Bueno, es muy poco probable que pueda hacerlo —respondió, volviendo a sentarse en la banqueta—. Realmente poco probable. ¿Quieres saber, en cambio, qué va a ocurrir ahora?

Lo miré sin contestar, duramente.

—Va a ocurrir que este barco se hará a la mar y nos llevará a

todos de vuelta.

—¿De vuelta adónde?

—La primera etapa será Róterdam. Y desde allí viajaremos a Praga, en Bohemia.

—¿A Praga? ¡Yo no quiero ir a Praga!

—No te aseguro que llegues, de hecho. Tu destino depende de cómo te portes. Y de cuánto estés dispuesta a obedecernos.

—¿Obedeceros, a quiénes? —casi grité.

En las manos del señor Oliver apareció de nuevo la mordaza.

—Otro grito como este, princesa, y haréis todo el viaje con la boca cerrada.

—¡Deje de llamarme así! —mascullé entonces entre dientes.

—¿Y por qué debería dejar de llamaros lo que sois, Irene? ¿Acaso debería usar vuestro verdadero nombre, María von Hartzenberg? Porque eso es lo que sois vos, Irene, una Von Hartzenger, hija ilegítima de Félix, heredero al trono de Wenceslao III y de la mujer con quien se casó en secreto, Alexandra Sophie von Klemnitz.

Me quedé aturdida al oír aquellas palabras, como se queda una ante una mentira demasiado grande para aceptarla. Sabía perfectamente que los Von Hartzenberg eran una de las más importantes dinastías nobiliarias de Europa, que Wenceslao III era el viejo rey de Bohemia, un rey anclado en el pasado y en los antiguos usos monárquicos, mientras que Félix, su primogénito, era llamado «el príncipe revolucionario». De espíritu noble y abierto al futuro, era el príncipe valeroso y amante del pueblo en el que se inspiraban los romances de la literatura popular. Su muerte, obra de un puñado de conjurados, había dado que hablar en toda Europa durante meses. Como Ricardo Corazón de León para Inglaterra, Félix había sido el viento que prometía llevar los nuevos tiempos al pequeño pero próspero reino de Bohemia, prefiriendo el arte del conocimiento al de la guerra. Sobre él se habían escrito páginas y páginas, y de él me había hablado mucho Leopold, interesado desde siempre en la suerte del continente europeo, proyectado como estaba, con sus negocios, hacia un futuro de grandes líneas ferroviarias y comercio cada vez más libre. Mencionaba Leopold el hecho de que el joven Félix había sido definido por cierta prensa como «socialista», es decir, como alguien que prefería escuchar las

razones de los obreros en vez de las de quienes, a su parecer, planeaban la renovación de los imperios. «Ese fue su error… ¡ese!», decía a menudo Leopold, que, al recordar al joven príncipe de Bohemia y sus encendidos discursos, alimentaba temor y admiración al mismo tiempo. Pero ¿cómo se podía ser revolucionario sin querer transformarlo todo? ¿Cómo se podía cambiar la manera de vivir de la gente como no fuera menoscabando antiguos privilegios?

Sus ideas revolucionarias, por tanto, le granjearon muchos enemigos al príncipe Félix. Enemigos feroces, guiados por una familia noble, los Von Ormstein, que se conjuraron contra él y lo hicieron asesinar durante un desfile.

Eso era lo que sabía de él, pero para mí no eran más que ecos de un reino lejano, y que siguió siéndolo incluso cuando descubrí que mi verdadera madre, Alexandra Sophie von Klemnitz, era bohemia.

¿Cómo podía, pues, creer una sola palabra que saliera de la boca del señor Oliver? ¿Cómo podía yo, inmadura adolescente que había vivido entre París y Londres, aceptar ni siquiera remotamente la idea de ser hija del príncipe Félix de Bohemia?

No era posible. Simplemente, no era posible. Intenté desechar el torbellino de pensamientos que se agolpaban en mi cabeza, en la que giraban también todas las medias frases de mi madre biológica y las pequeñas verdades que me había confesado en las pocas ocasiones en que habíamos hablado. Debía protegerme de mi pasado. No quería revelarme nada más. Era peligroso que nos viéramos. Ella era peligrosa. Y yo era peligrosa.

¿Porque era hija del desventurado príncipe Félix, el heredero al reino de Bohemia?

¿O simplemente me estaba creyendo las mentiras de un cruel canalla que quería engañarme aprovechando el hecho de saber que había sido adoptada? ¿Por qué lo hacía? ¿Para poderle pedir un rescate más alto?

O quizá porque…

De pronto, una serie de pensamientos se asomó a mi mente. Una posible solución al misterio del castillo de Newark y de los mensajes que Sherlock había interceptado.

—¡Soy yo la heredera! —me sobresalté entonces.

El señor Oliver me miró.

—¡No era a un heredero, sino a una heredera a quien se referían las señales de los faroles! —añadí.

Oliver, si es que aquel era su auténtico nombre, puso cara de asombro.

—¿Y cómo sabéis vos lo de los faroles? —me preguntó con cara de admiración.

Abrí mucho los ojos. Había dado en el clavo.

—Todo esto no ha sido más que un… ¡truco para raptarme! —exclamé, dándole sentido a todo lo que había ocurrido en los últimos días—. Usted y el señor McSweeney convencieron a mi padre de que me llevara con él al castillo… ¡para raptarme!

—Vaya, por fin un poco de esa sesera de la que me habían hablado, princesa María —me felicitó el señor Oliver—. Pero, como veis, no ha sido nada fácil. La primera noche, cuando todo estaba listo, no estabais en vuestra habitación…

¡Pues claro! He ahí por qué se me había asignado la habitación con el pasadizo secreto. ¡Para poder sacarme de allí a través del sótano! ¡Era yo y solo yo el objetivo de todo!

—Mientras que al día siguiente, para desgracia vuestra… se presentó Baumann.

—Lo han matado ustedes, ¿verdad?

—¿Y quién, si no? —confesó Oliver.

—¿Por qué lo han hecho? ¡El señor Baumann solo era un excéntrico señor que pasaba por aquí por casualidad!

Oliver se rio de buena gana, con unas carcajadas malvadas y salvajes.

—¿Un excéntrico señor que pasaba por casualidad? El que os empeñáis en llamar Baumann estaba aquí por el mismo motivo, princesa.

—¿Para raptarme? —pregunté.

—O para impedirme a mí que lo hiciera. Pero nos subestimó. Vino aquí solo, por propia iniciativa, y le hacían falta tiempo y refuerzos para poder detenerme.

—¡Es usted un monstruo! —exclamé.

—Eso lo decís vos. Solo soy alguien que está cumpliendo el encargo que le han hecho.

—¡Y el señor McSweeney es tan monstruoso como usted!

—¡Eh, más despacio con vuestros juicios! —replicó él—. No

creáis que el señor McSweeney se prestó tan fácilmente a colaborar. Pero era la persona adecuada para hacerlo, la única de la que se fiaría vuestro padre. Como así ha sido.

—Usted no es sobrino suyo, ¿verdad?

—Diría que no —respondió Oliver—. Y para inducirlo a interpretar su papel tuvimos que, digamos, convencerlo con argumentos muy persuasivos…

—Cobardes —mascullé, aunque no sabía de qué argumentos hablaba. Y entonces me vino uno en mente—. ¡Su mujer!

Recordé una de las suposiciones de Sherlock, o sea, que la señora McSweeney no se hubiese marchado a París.

—Una vez más su lógica deductiva me asombra, princesa María.

—¡Me llamo Irene! —protesté.

—Sois digna hija de vuestro padre, una mujer moderna, que practica deporte y frecuenta a jóvenes de oscura cuna. Y de dudosa moralidad.

—¡No le permito que hable así de mis amigos!

—¿Y de qué otro modo los calificaríais? —insinuó—. Sabéis muy bien quiénes son las personas que frecuentáis. El hijo de un funcionario itinerante aficionado a la política y que dejaba sola a su mujer con sus dos hijos y su hijita… Y el de un ladrón circense de poca monta que sedujo a una aristócrata parisina. ¿Tengo que añadir más?

No me di por aludida, pero me habría gustado pegarle.

—En todo caso, allí estaban vuestros amigos, como los llamáis —siguió diciendo—, siempre estorbando, haciéndolo todo más difícil. Pero mejor aquí, lejos de los lugares que conocéis bien, que en Londres, donde hay muchos más ojos curiosos de los que puedan imaginarse. Y la casa de los Adler, tras los acontecimientos de los últimos meses, estaba demasiado vigilada. Tanto por parte de quienes, como nosotros, quieren el bien de Bohemia y del nuevo soberano como por parte de Baumann y de quienes, como él, viven en el pasado.

—¿Nuestra casa estaba vigilada? ¿Y desde cuándo?

—Si tenéis la paciencia de escucharme, princesa María, trataré de explicaros mi posición en todo esto. Escuchad, porque no lo repetiré. Mi fidelidad, igual que la de mis hombres, es para el rey Johan, de la gran casa de los Von Ormstein. Y el rey teme que

alguien quiera sumir el reino en el caos. Vuestro padre, vuestro verdadero padre, era un hombre peligroso. Un hombre cuyas ideas lo hicieron indigno de la corona de Bohemia, pero que de todos modos consiguió conquistar el ánimo de muchos levantiscos. Rebeldes que ahora están urdiendo un golpe de Estado. ¿Sabéis lo que es un golpe de Estado?

—Una revolución… —murmuré.

—Una revolución que solo puede provocar muerte y destrucción. Ruinas humeantes. Eso es lo que están preparando los partidarios de vuestro padre. Llevamos años siguiéndolos, en cada movimiento, en cada carta que conseguimos interceptar, en cada lugar en que los localizamos. Al igual que el príncipe Félix, sueñan con una manera distinta de entender la monarquía… Pero, afortunadamente, el rey Johan está al corriente de todo y vela por la suerte de nuestro reino.

—¡A mí no me importa su reino! ¡Quédense con él!

—Os creo. Pero los rebeldes tienen otros proyectos para vos. Quieren utilizaros para poner en entredicho la legitimidad del rey Johan y desencadenar una guerra civil… Aunque no lo hayáis buscado, lo cierto es que vos representáis el final de la monarquía y de todo aquello a lo que he jurado fidelidad. Sois hija del príncipe Félix y, gracias a la protección de sus seguidores, fuisteis confiada al cuidado de una familia seria y de confianza, de origen alemán. Vuestro padre Leopold es un hombre íntegro y de nobles ideales. Y no podía saber, cuando le propusieron vuestra adopción, quién era la hija que iba a acoger en su casa. Todo lo que pensó fue que él y su mujer no podían tener hijos y que, adoptándoos, ayudarían a la condesa Von Klemnitz, una misteriosa noble bohemia en graves dificultades. Nunca hicieron preguntas y os han protegido. Al menos hasta ahora.

—Y ahora, ¿qué tienen pensado hacer? ¿Llevarme a Róterdam, a Praga… sin que mi padre intervenga? ¡Lanzará en su contra a todos sus conocidos, pagará a cada policía de Inglaterra para que los localicen y arresten!

—¿De verdad creéis que vuestro padre puede más que el rey de Bohemia? —dijo Oliver, riéndose—. Nada nos impediría haceros desaparecer hoy para siempre. Podríamos llevaros a Rusia, o a África. Y nadie oirá hablar de la princesita María nunca más.

—¡Malditos! —chillé.

Él mostró de nuevo la mordaza.

—Recordad que podéis hablar solo porque soy indulgente. Y porque, después de tanto esfuerzo, me complacía compartir con vos mi éxito personal.

—Está acabado —rugí.

—¿De veras lo creéis? ¿Y cómo, exactamente, pensáis detenerme? ¿Con alguna ridícula amenaza?

La ira hizo que me temblaran las muñecas y aparté la mirada de aquel hombre odioso para concentrarme en el lugar en que manteníamos aquella conversación: el camarote de un barco, un barco pequeño, quizá un velero, que sin embargo me parecía que se balanceaba como si estuviera amarrado. Pues claro, me dije. ¡Todavía no habíamos zarpado para ninguna travesía a Róterdam!

Había pasado demasiado poco tiempo desde mi rapto en el castillo de Newark. Por lo tanto, todavía estábamos allí, en Escocia, tal vez en la embarcación desde la que se hacían las señales nocturnas con los faroles. Tal vez en el mismo barco en que tenían prisionera a la mujer de McSweeney. A lo mejor era aquel el motivo por el que aún no nos habíamos alejado de la orilla.

Así pues, ¡quizá no todo estuviera perdido!

De repente comprendí que hablar con Oliver era mi única posibilidad de salvación. Cuanto más tiempo pudiera hacer durar aquella conversación, más tiempo retrasaría que él subiera a cubierta a dar la orden de zarpar.

—A Róterdam, dice, y después a Praga… Pero eso significa que no tienen intención de hacerme desaparecer… —argumenté—, sino que su plan es otro.

Él me miró intensamente, como el jugador de ajedrez que va a hacer su último y sorprendente movimiento.

—Vuestro padre os quería, ¿sabéis? —dijo, pillándome con la guardia baja. Quién sabía por qué, me entraron ganas de llorar. Me mordí la lengua en un intento de contener las lágrimas, de convencerme de que no era cierto, de que yo no era en absoluto hija de Félix von Hartzenberg. De que no era la heredera al trono, su primogénita. Y de que en todo caso, si lo era, no había podido conocer a mi verdadero padre. No sabía quién había sido realmente Félix, salvo por los tumultuosos rumores sobre él que habían

corrido en los salones de toda Europa.

—De todos modos, sí, nuestro plan es otro. Queremos hacerles saber a los rebeldes que vos estáis con nosotros… —añadió pérfidamente el señor Oliver—. Y si no quieren que la única hija de su adorado príncipe Félix tenga su mismo fin, entonces deberán acatar nuestras órdenes, por el bien del reino. Por lo tanto, nada de revoluciones, nada de cambios, nada de locas teorías subversivas.

—Quieren usarme para chantajear a sus adversarios —murmuré.

—«Chantajear» es una palabra muy fea, princesa… —dijo burlonamente Oliver, con sus ojos vacuos—. «Convencer» es el término más apropiado.

—Nunca lo conseguirán. ¡Yo se lo impediré!

—¿Y cómo, querida mía, una vez estéis encerrada en vuestros aposentos de Praga, con todos los lujos que deseéis pero sin poder salir?

—¡Es usted un monstruo! —grité.

Lo oí reír, una risa infernal en su franqueza. Después, sin embargo, tras un balanceo del barco, su risa se cortó de golpe.

Escuchó algo, un ruido que yo no había oído, y luego me saltó encima y me anudó violentamente la mordaza a la boca antes de que pudiera hablar. Me debatí, pero él era demasiado fuerte para mí. Y cuando se alejó y en el camarote se hizo otra vez el silencio —a excepción del tintineo de la cadena, de la que empecé a tirar desesperadamente—, yo también oí los ruidos que lo habían inquietado.

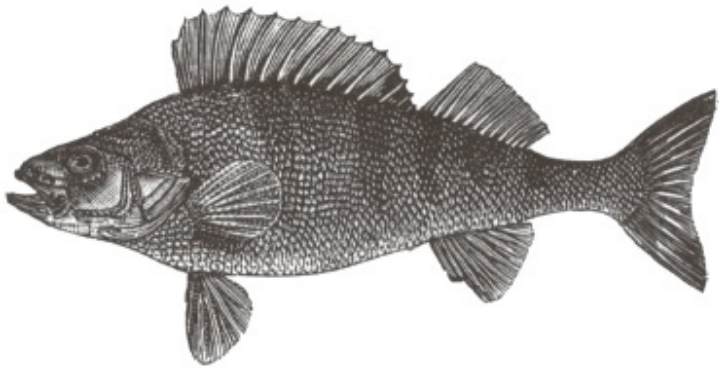
Y luego reconocí una voz a poca distancia de nosotros.

—¡Policía de Glasgow! —gritaba esa voz.

Era la del joven agente John Bryson.

Capítulo 20

LOS DOS INVESTIGADORES



Quien había guiado al joven Bryson hasta nosotros había sido, naturalmente, mi amigo Sherlock Holmes. Pero yo, encerrada en el camarote de un barco desconocido, no podía saberlo. Ni siquiera podía saber cuál era exactamente el lugar en que nos encontrábamos. No lo descubriría, para mi pesar, hasta más tarde. Era el puerto pesquero de Greenock, aquel al que, siguiendo su intuición, había ido a investigar Sherlock Holmes, y donde había estado precisamente Oliver antes de volver a Newark para llevarnos la noticia de la muerte de Baumann.

El barco en que me hallaba, atracado en el muelle, era el pesquero *Queen Mary*, pero no era una embarcación de pescadores como aquellas que lo flanqueaban. A primera vista se asemejaba a los dos barcos de los que cada mañana se descargaba el pescado en los muelles, pero, a diferencia de ellos, nunca había regresado a puerto con las capturas de pescado. Sherlock no había tardado mucho en identificarlo: por la mañana, cuando había ido al puerto, se había hecho pasar por un mozo en busca de trabajo y había pasado revista a un barco tras otro mientras ofrecía sus servicios. De todas las embarcaciones amarradas, el *Queen Mary* había sido la única en llamar su atención, y no solo porque no estaba impregnada

de olor a pescado o sus redes parecieran nuevas, sino sobre todo porque sus marineros hablaban sin asomo de acento escocés. Y nunca bajaban a tierra para beber con los demás.

Nada más hacer aquel descubrimiento, había vuelto rápidamente a Port Glasgow para avisarnos. Creía que había localizado el misterioso barco que hacía señales por la noche. Pero Arsène y yo, en aquel mismo momento, recién informados del hecho de que el señor Baumann había sido golpeado en la cabeza antes de que lo colgaran, habíamos vuelto a la canoa para inspeccionar el claro en que habíamos asistido a la primera parte de la pelea con Oliver. Así pues, Sherlock había avisado al joven policía y juntos habían ido a Newark, donde se había enterado de mi desaparición. Después habían galopado a toda prisa hasta el misterioso pesquero de Greenock y habían llegado justo a tiempo.

—¡Policía de Glasgow! ¿Hay alguien a bordo? —tronó una vez más la voz del policía.

Oliver lanzó un juramento y salió del camarote. Oí sus pasos en la escalera y luego los tacones de sus botas en la cubierta sobre mí. No estaba muy lejos, calculé. El barco no debía ser enorme.

Empecé entonces a armar todo el jaleo que pude: pateé el suelo y los mamparos, sacudí la cadena hasta hacerme moratones en las muñecas, intenté liberarme de la mordaza de todas las formas posibles. Fue inútil.

Así que me rendí por el momento y traté de enterarme de lo que estaba sucediendo encima de mí. Oí la voz de Oliver, fuerte y clara, que decía:

—¡No tiene ningún motivo para subir a bordo, señor!

—¿Quiere decirnos qué hace usted ahí? —exclamó una voz familiar, la de Sherlock—. ¡Nos debe algunas explicaciones, señor Oliver! ¡Y también se las debe a su supuesto tío, el señor McSweeney!

—¡Cállate, mocoso! —rugió Oliver, o al menos me pareció que era él—. ¿Quién te crees que eres?

—¡Esa es la pregunta que le hago yo a usted! —rebatió Sherlock —. ¡Evelyn McSweeney no tiene ninguna hermana!

—¿Acaso la conoces tú?

—¡He leído la dedicatoria que hay detrás de su retrato, en la habitación! ¡El retrato mandado pintar por su padre para su única y

amada hija! ¿Quién es usted, Oliver? ¿Y por qué se ha hecho pasar por sobrino del señor McSweeney?

—¡Pregúntaselo a él!

—¿Dónde está Irene?

—¿Y por qué lo tendría que saber yo?

—¡Está mintiendo, canalla!

—¡Y tú ten cuidado con tus palabras, muchacho!

Fue entonces cuando intervino una tercera voz:

—¡Paren ya, señores! ¡Usted, señor Holmes, cállese un momento, por favor! Y usted, señor… Oliver, ¡haga el favor de bajar del barco y dejarme hacerle unas preguntas!

—¡Estoy a punto de zarpar, agente! —respondió el señor Oliver.

«¡NO! —aullé yo mentalmente—. ¡No deje que se marche!».

Y volví a armar jaleo.

—¡En nombre de la policía de Glasgow, señor!

—¡Se lo repito, agente! —exclamó Oliver—. ¡No tiene ninguna autoridad para pedirme que baje ni para subir a bordo!

—¡La tengo, en cambio! Debo hacerle unas preguntas acerca de la muerte del señor Baumann. Tenemos… tengo motivos razonables para sospechar que usted está implicado.

—¡Ya basta! ¡Ya he oído demasiadas tonterías!

—¿Por qué esta prisa por zarpar, señor Oliver? —Lo acosó Sherlock.

—¡Baje, le digo! —repitió el policía.

—*SCHNELL!* —exclamó entonces Oliver en alemán.

—¡ALTO!

Oí unas pisadas apresuradas corriendo por cubierta y otras dentro del barco.

Después, la voz de Bryson:

—En nombre de la policía de…

Y por último un disparo, fuerte y seco, que retumbó en la bodega y en el camarote como una campana.

Un grito. Un grito de Sherlock.

Y luego, de improviso, el barco crujió y se puso en movimiento. Las sogas cayeron por los costados. El ancla fue levada con gran rapidez.

Y, sin que nadie pudiera detenernos, nos separamos de la orilla.

Capítulo 21

LORELEI

Me dejé caer sobre la litera, desesperada. Tan solo con oír las olas rompiendo contra el casco, me hundí en un desánimo inaudito. La voz de Sherlock, poco antes, me había parecido la voz misma de la Justicia y sus palabras sonaban tan inexorables como las de un gran poeta. Era como si hubiese sido Milton en persona, el autor de *El Paraíso perdido*, quien hubiera encadenado al señor Oliver a sus responsabilidades y lo hubiera conminado a detener el *Queen Mary*. Y Sherlock no había ido solo. Lo acompañaba el policía, aquel Bryson que nos había escuchado y había seguido nuestras intuiciones. Pero luego estaban, en cambio, el disparo de pistola y el grito de Sherlock. ¿Quién había disparado? Y ¿a quién? No quería ni pensar en la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo a Holmes.

Oí nuevamente pasos en la escalera y, mientras el *Queen Mary* daba bordadas para salir a mar abierto desde el puerto de Greenock, el señor Oliver volvió a aparecer en el camarote. Tenía los ojos como endemoniados y el pelo alborotado. Se le podía ver el cuero cabelludo, brillante de sudor.

—¡Este es el final que tendréis todos, pequeños entrometidos! —

gritó, sin liberarme—. Vuestro amigo… no sé de qué manera…

Bajó una mano, luego la otra, exasperado. Y entonces vi que empuñaba una pistola.

—¿No os cabe en la cabeza que ya no hay nada que hacer? —siguió diciendo.

Y entonces ¿por qué era tan importante hacérmelo saber a mí? ¿Para convencerme? ¿O quizá para convencerse a sí mismo?

Lo observé, intentando desafiarlo con la mirada. Para que comprendiera que no había raptado a una débil chiquilla toda melindres. Y que las amistades equívocas de aquella chiquilla le iban a dar mucho más trabajo del que esperaba. Su plan había funcionado a la perfección, pero había sido descubierto gracias al olfato de Arsène Lupin y a las deducciones de Sherlock Holmes. No era solo Leopold Adler a quien había que hacer callar. Había dos chicos indomables, uno de los cuales casi lo había detenido antes de que zarpara. Y aquello no había terminado: si realmente era hija del príncipe Félix, entonces mi rapto no pasaría inadvertido. No en un país moderno y civilizado como Gran Bretaña. El escándalo estaba a la vuelta de la esquina, y ningún soberano se iba a sentir feliz si la comunidad internacional llegaba a saber que ordenaba raptos de jóvenes a sus espías. El señor Oliver empezaba a comprenderlo él solo, por eso estaba tan agitado.

Su misión de ninguna manera había acabado. No le había bastado con matar a Baumann y hacer parecer que se había ahorcado. El hecho mismo de que me hubiera seguido hasta Newark significaba que toda su facción sabía quién era yo y dónde me encontraba, y los rebeldes bohemios, si se veían obligados, seguro que provocarían un incidente diplomático. Porque para entonces estaba claro que aquel era un asunto de espías: los seguidores del nuevo rey Johan y los Von Ormstein contra los rebeldes que habían permanecido fieles a la casa de los Von Hartzenberg.

Mientras seguía el hilo de aquellos frenéticos pensamientos, el corazón volvió a encogérseme. ¿Tendría que empezar a hablar de mi dinastía, la del príncipe Félix, mi padre?

Aquella idea me llenaba de desconcierto, un desconcierto tan grande como una sima, capaz de tragarse todo mi pasado y, cosa aún más terrible, todo mi futuro.

Cerré los ojos y respiré hondo. No podía dejarme vencer por las

emociones, tenía que mantenerme lúcida. Ya estaba claro que se trataba de un complot político. Pero —al menos eso quería pensar— para frenar el escándalo, a Oliver no le bastaría con quitarse de encima a Leopold, mi fiel Leopold. También tenía que librarse de Sherlock y de Lupin.

«¡Tu suerte está en sus manos!», me habría gustado decirle para burlarme de él. Pero lo cierto es que era yo quien estaba en las suyas.

Por tanto, tenía que ser tan hábil y despiadada como él.

Vi que hacía ademán de irse y entonces gemí y me revolví otra vez, intentando así llamar su atención y hacerle entender que lo necesitaba.

Él me quitó la mordaza y la tiró al suelo.

—Gritad si queréis ahora —me dijo—. Total, ya no hay nadie que pueda oíros.

—¿Le ha disparado a Sherlock? —le pregunté impulsivamente.

—¿Estáis preocupada por él? Es vuestro amiguito preferido, ¿eh?

—¡Dígame solo si le ha disparado, maldita sea!

El señor Oliver meneó la cabeza, impacientado.

—Le he disparado al otro, al policía. Y ha sido un error. Un gran error. Habría debido quitármelo de en medio inmediatamente, a ese amigo vuestro. Pero lo haré a la primera ocasión. ¡Por el momento, se ha dado un chapuzón en las aguas frescas del Clyde!

Me llené de aire los pulmones. Gracias al cielo, Holmes estaba a salvo y sabía bien que un poco de agua fría no era suficiente para detenerlo.

—Necesito ir al baño —gruñí.

Él me miró, desencajado. De improviso cohibido, me señaló una palangana que estaba debajo de la litera. Yo le enseñé la cadena que me sujetaba las muñecas.

—Así es un poco difícil —murmuré—, incluso para una princesa.

Él bufó. El *Queen Mary* se encabritó sobre las olas. Una llavecita salió destellando de un bolsillo y abrió el candado que cerraba la cadena.

—Nada de bromas… —me ordenó, y luego esperó fuera del camarote.

Primero me masajeé las manos, luego me palpé el cuerpo, que me parecía cubierto de magulladuras. Al final intenté andar. El

suelo oscilaba, lo mismo que mi cabeza presa del vértigo. Estaba débil y las sienes me palpitaban. Me toqué la frente con la palma de la mano. Ardía.

Pero no lo bastante para prenderle fuego a aquel camarote.

Y fue entonces cuando oí el canto de las sirenas.

Cuenta la leyenda que Lorelei era una de las sirenas del Rin, una divinidad acuática. Cantaba con voz melodiosa desde encima de un peñasco y con su canto atraía contra las rocas a los desventurados marineros que cautivaba. Un día sucedió que un escuadrón entero de soldados recibió la orden de matarla. Pero, antes de que pudieran hacerlo, el Rin, su padre, la protegió con una ola de espuma y, desde el peñasco en que vivía, la llevó a las profundidades, de las que Lorelei no emergió nunca más. Desde entonces, ningún marinero ha sido atraído ya por su voz, y nadie ha vuelto a naufragar al chocar con el risco que aún lleva su nombre.

Pero la sirena cuyo canto oí el día de mi rapto era otra Lorelei. Y tenía la voz terrible e imperiosa del señor Horace Nelson.

Cuando la oí, pensé que me había vuelto loca. Pero luego me di cuenta de que Oliver, tras echar deprisa la llave del camarote, abandonaba la vigilancia para subir a cubierta. Yo corrí a la puerta y apoyé en ella la oreja para oír.

—¿Qué sucede? —gritó mi raptor.

Alguien le respondió en alemán en un tono igual de excitado.

—¡Deténgase! —ordenó una tercera voz, lejana, sobre el agua.

El corazón me dio un vuelco.

¿Horace? ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba pasando?

Oí más gritos, después el *Queen Mary* se inclinó de lado, como para hacer una maniobra de distracción.

Yo no perdí más tiempo y me lancé contra la puerta para hacer saltar la cerradura. Le di patadas y la golpeé con el hombro, y lo conseguí tras algunos intentos.

Rodé por el estrecho pasillo que había al otro lado, jadeante. Vi el cuadrado de luz de la escotilla y me dirigí hacia él, dándome a cada paso contra los mamparos del pasillo.

La escalera. La subí lo más rápido que pude e instantes después estaba en la cubierta del pesquero.

No pude entender enseguida todo lo que vi.

En la cubierta del *Queen Mary* había cuatro hombres aparte del

señor Oliver, que se desgañitaba en medio de ellos. El viento hinchaba las velas y las cuerdas restallaban como látigos. Pero, a escasísima distancia del barco había otro, el cuter pintado de azul del señor Baumann. El *Lorelei*.

Y a bordo del *Lorelei*, con uno de aquellos megáfonos de los que a menudo van dotados los barcos, estaba el señor Nelson al timón, negro como un demonio del infierno. Y también Arsène Lupin, al manejo de las velas, con el sol centelleando en su musculatura de atleta.

Y el *Lorelei*… Bueno, el *Lorelei* no estaba solamente persiguiendo al *Queen Mary*.

Lo estaba alcanzando.

Capítulo 22

LA DULZURA DEL AGUA

Cargué contra el señor Oliver de cabeza en el mismo instante en que él levantaba la pistola. El disparo, si es que lo hizo, apuntó a las velas y al cordaje de su barco. Rodé por la cubierta mojada y me di un fuerte golpe en el hombro contra la madera, después el mundo se empinó.

Oí un estruendo formidable cuando la proa del *Lorelei* golpeó el costado del *Queen Mary* y luego me deslicé entre una madeja de cuerdas y velas. El impacto con el agua me dejó sin respiración. Inmediatamente después, el fragor del viento fue sustituido por el silencio absoluto del mar.

Me revolví, aprisionada en el frío y las jarcias, pero seguí descendiendo hacia el fondo, a velocidad constante. Encima de mí, todo alrededor, veía las quillas espumosas de las dos embarcaciones unidas en un abrazo mortal y el mar salpicado de barriles, cuerdas y una infinidad de objetos más pesados que el agua y que la penetraban y se hundían a la vez que yo.

Mientras giraba en aquella inmersión inexorable, no pensaba en

nada que no fuera el calor de mi cuerpo, que luchaba contra el frío. Y el frío, poco a poco, iba ganando la batalla.

Abrí la boca para respirar y se me llenó de agua. Pero no era agua salada. Era agua dulce, la del río Clyde, que llegaba hasta allí, hasta mar abierto.

Pensé en Oliver y sus marineros, los seguidores del nuevo rey, o del usurpador, a juicio de sus enemigos. Los párpados, que me pesaban, se me cerraron. En mi mente tomó forma, indistinta y vaporosa, la imagen de un hombre en uniforme de gala, con una corona en la cabeza. Mi cuerpo seguía hundiéndose y mi mente resbalaba lentamente hacia el sueño…

Me espabilé de repente. Algo, en el agua cada vez más oscura y fría, había pasado por mi lado y había chocado conmigo.

Alargué la mano y toque un cuerpo liso y tenso.

Luego vi otro. Y otro más. Eran focas, que se habían sumergido en previsión del paso de nuestros barcos y ahora volvían a la superficie.

Todavía hoy no sé decir si la aparición de aquellos animales fue real o una invención de mi mente. Lo que sí sé es que me di cuenta de que ya no estaba atrapada en la maraña de aparejos que me arrastraba al fondo. Vi los cuerpos lustrosos de las focas ascendiendo hacia la luz para tomar aire.

¡Tenía que hacer como ellas!

Y lo hice, enderezándome como si estuviese a los remos de mi canoa y girando brazos y pies como molinetes.

Los cuerpos poderosos de las focas desaparecieron muy pronto de mi campo de visión y todo se nubló mientras ascendía.

Después, por fin, salí al aire, que aspiré tosiendo.

—¡Estoy viva! —grité.

O tal vez no dijera nada y me limitara a sentir dentro de mí aquel grito de triunfo.

Miré a mi alrededor. Los dos barcos estaban pegados el uno al otro, como enzarzados en una lucha, y oí voces de hombres que alborotaban.

—¡Señorita Irene! —exclamó Horace Nelson, todavía al timón del *Lorelei*.

Sin pensárselo dos veces, se zambulló donde me había visto asomar.

—¡Irene! —gritó también Arsène Lupin.

Y yo, en el agua helada de aquel mar desconocido, pero un mar de agua dulce, me eché a reír de felicidad.

Capítulo 23

REGRESO A NEWARK

Estábamos todos sentados en el salón de Newark, envueltos en gruesas mantas de lana. Y estornudábamos por turnos, como los instrumentos de una disparatada orquesta de viento. Cuando digo todos, quiero decir de verdad todos: aparte de mí, estaban Leopold y el señor Nelson, Sherlock y Arsène. Y el señor McSweeney con Evelyn.

Y es precisamente por Evelyn por quien quiero empezar a contar nuestro último día en el castillo de Newark. Como acertadamente había intuido Sherlock, la mujer del señor McSweeney no se había marchado en absoluto a París, sino que estaba escondida y vigilada de cerca por uno de los esbirros a sueldo de Oliver. Pero ¿dónde? Yo misma había descartado el *Queen Mary*, pues a bordo del falso pesquero no había visto ni rastro de la mujer. Por un momento había temido que nunca la encontráramos. De hecho,

inmediatamente después del topetazo con el *Lorelei*, Oliver y los suyos habían huido a bordo de una pequeña chalupa y habían hecho perder su pista al llegar a la orilla. Por suerte, habían sido atrapados al día siguiente por la policía de Glasgow, que, después de la herida causada al pobre John Bryson, había hecho un gran despliegue de fuerzas a lo largo de aquel tramo de costa. El policía, además de un balazo en el brazo, había recibido un encomio personal y un mes de permiso, que iba a pasar en su casa. Cuando lo interrogaron, Oliver se negó a confesar dónde se hallaba la mujer, pero su resistencia fue totalmente inútil, puesto que Sherlock Holmes se encargó de localizar el escondrijo a partir de una simple lista de la compra con la letra de Oliver y una bufanda de seda azul encontrada en su habitación.

La lista decía:

Libro en biblioteca
Tres leches
Bufanda azul

Pero, en manos de Sherlock, se convirtió en un indicio clarísimo de dónde buscar a la señora McSweeney. A ocho millas de Port Glasgow había, de hecho, un pueblecito llamado Alexandria, es decir, como también se llama en inglés la antigua ciudad egipcia famosa por su biblioteca, Alejandría. La señora Evelyn (el libro) había sido llevada allí. Solo había que encontrar una casa con tres vacas (tres leches) y enseñarle al guardián de la puerta la bufanda azul de Oliver como señal convenida de que mi rapto se había llevado a cabo.

Fue lo que hizo un policía, al que contestaron en alemán un momento antes de que hiciera irrupción en la alquería. Evelyn estaba allí dentro, atada y amordazada.

Una vez que Evelyn estuvo de vuelta en casa sana y salva, los señores McSweeney, mortificados hasta el punto de no levantar los ojos del suelo, pudieron contar su parte de la historia, que se remontaba a un par de días antes del envío de la carta a mi padre. Después de que los espías de los Von Ormstein tomaran como rehén a su mujer, Arthur había interpretado su papel, fingiendo que quería vender el castillo y tratando de convencer a mi padre de que

me llevara allí. Para salvar a Evelyn, había atraído a una trampa a su fraternal amigo Leopold; cuando confesó todo lo que había hecho, estaba tan apenado y desolado que suscitaba compasión. Se avergonzaba tanto que no conseguía estar en paz consigo mismo. Nos preguntaba cómo podría compensarnos. Mi padre se mostró increíblemente comprensivo: le respondió que había sido Oliver quien había urdido un plan tan despiadado. Y Arthur había sido tan víctima como todos nosotros. Con la captura de Oliver, todo parecía aclarado, y resuelto por fin cada aspecto del misterio de la herencia: no había ninguna herencia. Pero había una heredera en un sentido totalmente diferente… Una heredera a un trono, en torno a la cual se libraba una guerra secreta. Y, según parecía, aquella heredera era yo.

—Hay algo que todavía no comprendo en esta maldita historia —intervino en ese momento Lupin—. ¿Por qué Baumann, la noche en que lo mataron, intentó entrar en la habitación de la señorita Irene?

—¿Quizá para advertirla de las intenciones de Oliver? —contestó mi padre.

—¿Y entonces por qué, cuando se dio cuenta de que no estaba, huyó? —insistió Arsène.

—Porque no era Baumann, sino Oliver… —explicó Sherlock—. Oliver con la capa de Baumann, que él había sustituido después de la cena por una similar.

El señor McSweeney confirmó aquellas palabras con un cansado ademán de la cabeza.

—Pero entonces… —dije, abriendo mucho los ojos.

—Entonces Baumann, al darse cuenta del cambiazo, volvió al castillo para enfrentarse por fin a su enemigo —concluyó Holmes.

—Luego a quienes vimos en el claro eran Baumann y Oliver… —dije yo.

—Sí, pero el que nos parecía Baumann era, en realidad, Oliver con su capa.

—Y, bajo la capa, el atizador de la chimenea —murmuró Arsène.

Como subrayando su frase, las brasas chisporrotearon.

—¿Y por qué se la había puesto, en vuestra opinión? —pregunté yo.

—Creo que su plan era raptarte —me dijo Sherlock— y dejar

caer precisamente el broche de la capa con la letra B de Baumann como prueba contra él. Pero, igual que la noche anterior, tú no estabas en tu habitación.

Cenamos por última vez en el castillo, en un silencio cargado de preguntas que nadie tenía el valor de hacer, y luego subimos a nuestras habitaciones para pasar la también última noche. Todo, al menos por el momento, se había resuelto, todos estábamos bien, y sin embargo habría sido inútil negar que todo había cambiado. Y mi dolor de cabeza se había convertido para entonces en algo más fuerte y continuo que pulsaba sin darme tregua.

¿Qué sería de mí y de todo lo que quería?

Mi padre y yo nos paramos delante de las puertas de nuestros cuartos. El señor McSweeney había mandado tapiar el pasadizo de detrás del tapiz, pero la idea de entrar sola en aquella habitación me aterrorizaba. Me parecía ver aparecer a Oliver detrás de cada sombra, a cada ruido. Y todas las sensaciones de mi rapto, la boca tapada con la mordaza, la bajada al sótano, el carruaje y el camarote del barco, seguían volviendo a mi mente con un torbellino de emociones violentísimas.

—¿Quieres venir a dormir conmigo? —me preguntó Leopold con la mano apoyada ya en el picaporte—. Tengo una cama en la que cabrían seis personas.

—Sí —le contesté—. Es una buena idea. Entro solo un momento a coger mi camisón.

—¿Irene?

Me volví hacia él. Yo tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Mira, tú eres Irene… —me dijo mi padre, despacio—. No debes creer nada de lo que te han dicho. Serás siempre y solamente mi Irene. Y no debes tener miedo de nada. Yo estoy aquí.

Sí, pensé. Él estaba allí, conmigo.

Y en el piso de arriba estaban Arsène Lupin y Sherlock Holmes. Y con ellos el señor Nelson, que sabía pilotar un cuter como el mismísimo capitán Ahab.

Cuatro hombres y una chica más resueltos que nunca, y con más decisión que nunca si era necesario, a plantar cara al reino de Bohemia entero.

—Sí, pero… todo me parece tan terrible… —murmuré con la congoja atenazándome la garganta.

—¿Qué quieres decir, pequeña mía? —me preguntó mi padre.

—¿Crees que hay algún sentido en todo esto? —insistí—. Mira cuántas cosas horribles acaban de hacerse por mi culpa, papá. ¿Y por qué razón?

—Porque no podemos elegir todo en nuestra vida, mi adorada Irene —me dijo él con dulce determinación.

Intenté sonreír, pero tan solo compuse una mueca llena de amargura.

—Yo diría, si acaso, que no podemos elegir nada de nada —mascullé con los dientes apretados.

—Comprendo que hables así, Irene. Estás turbada, estás asustada, estás trastornada por lo que has descubierto. Y tienes razón en estar de todas esas maneras —dijo Leopold, estrechándome con fuerza las manos—. Pero aún tienes tu mente, tus ideas, tu voluntad… Y eso significa que todavía puedes elegir.

—¡Qué voy a poder elegir, papá! —lo interrumpí mientras los ojos se me velaban por las lágrimas—. Ahí afuera hay un montón de gente que cree poder utilizarme para sus propios fines, como una marioneta… ¡Qué… qué voy a poder elegir, dímelo!

—A no dejar que lo hagan —me contestó mi padre, conmovido —. Y eso no es todo, hija mía… Puedes elegir preservar lo que de verdad quieres, puedes elegir a tus amigos, puedes… elegirme a mí.

Las lágrimas rompieron el dique invisible y resbalaron por mis mejillas. Abracé a Leopold y lo apreté contra mí con todas mis fuerzas. Por un momento, mientras estaba prisionera en el *Queen Mary*, había tenido una espantosa visión en la que todo lo que amaba desaparecía en un abismo sin fondo, donde nada tenía ya significado.

No puedo decir que creyera haber derrotado aquella visión, pero estaba en los brazos de mi padre y por un instante me sentí segura.

Las palabras que Leopold me acababa de decir seguían resonando dentro de mí. Tenía razón, pensé. El mundo, allí afuera, podía explotar en su locura, pero yo, entre los muros de aquel castillo, no deseaba más que unas pocas y sencillas cosas. Deseaba la amistad de Sherlock, Lupin y Horace. Deseaba un poco de tibieza y de descanso al lado de mi querido padre. Deseaba seguir siendo quien siempre había sido.

Yo.

Irene Adler.